

A man and a woman are seen from behind, standing on a balcony or terrace. They are looking out a large window at a city skyline. The man is wearing a grey striped t-shirt and blue jeans. The woman is wearing a colorful striped t-shirt and dark jeans. The window has a metal railing. The city skyline includes a prominent building with a pointed top. The sky is overcast.

Carla Montenegro

HABLEMOS
DE
NOSOTROS

HABLEMOS DE NOSOTROS

Título: Hablemos de nosotros
© 2017 Carla Montenegro
Todos los derechos reservados
1ªEdición: Diciembre, 2017

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.
No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor

Capítulo 1

Un país en ruinas propició las colas en los aeropuertos para escapar de la realidad del desastre económico. Iba a irse, pero no estaba con ánimos de pasar por lo tropezones y empujones de la muchedumbre al borde del motín. Glen estaba harto de vivir enterrando su inteligencia para dedicarse a trabajos mediocres muy mal pagados.

El edificio en donde residía se había quedado sin almas ante el gran éxodo de personas hastiadas por escases y crimen. La más difícil fue ver a sus seres amados desertar del caos por diferentes vías, pero nada tan doloroso como el suicidio de Beny, su hermano menor quien al verse sin mecanismos de supervivencia frente al hambre, tomó una cuerda y se ahorcó sin dejar nota suicida.

Nadie en su familia pudo culparlo de debilidad, era perfectamente entendible tomar atajos para escapar del sufrimiento. Le quedaba raciones para una semana y debía escudriñar por el edificio a ver si los antiguos propietarios dejaron latas de suministros en las despensas.

En el mismo piso Dayana residía apartada de la sociedad. Era una joven silenciosa y mal educada con la cual había intercambiado los buenos días sin

recibir respuestas. Solo sabía que en las tardes el pasillo del piso número 12 se impregnaba de olores a cebolla salteada y esos aromas le hacían salivar con desesperación. Dado las circunstancias Glen debía pasar la brecha de hielo para entablar una amistad con ella para lograr ser convidado a cenar alguna vez.

De por sí no era diestro en asuntos de sociabilidad. En esos días críticos era mejor mantenerse alejado del mundo exterior porque la gente se mataba por un ramillete de lechugas marchitas. El apocalipsis político llevó a la gente a la desintegración colectiva, tanto así que dejaron de respetar los semáforos y conducir era igual que jugar a la ruleta rusa con la muerte.

Glen estaba muy pendiente a los movimientos de Dayana para ponerse a su disposición en caso de emergencia. Al sentirlo cerca de las escaleras, ella acostumbraba a acelerar el paso para no ser alcanzada por él. Lo hacía sin ningún recato y Glen, por orgullo, no la seguía por tal de no forzar las cosas.

Él se acordaba de ella y su deslumbrante sonrisa de hace más de una década cuando el edificio conservaba el lujo de ser uno de los mejores de la cuadra en donde sus habitantes eran personas pudientes. La mala administración del gobierno hizo que se estrellaran las finanzas públicas y surgiera el bloqueo de la comunidad internacional donde se dificultó conseguir medicinas, alimentos y buenos amigos.

La actitud fue velar porque ni las moscas ni los desconocidos fueran a robarse la comida. Encontrar una docena de huevos era como encontrar oxígeno bajo del agua. Dayana por su parte pasaba media tarde miraran el pasillo desde el ojal de la puerta. Allí frente veía el apartamento de Glen cerrado y eso le daba la confianza de salir por sus abastos.

No le importaba otra cosa que hacer sus deberes y encerrarse hasta el otro día. Glen estaba ansioso de tener a alguien con quién conversar. Llevaba toda la vida viviendo en ese edificio y viendo a distancia a Dayana. Nunca se ocupó de hablarle porque era muy retraída y tímida. La recuerda en su traje de ballet corretear por los pasillos mientras jugaba hacer gritos para provocar el eco. Su madre le ordenaba que se callara la boca, pero ella seguía agudizando su metal de voz como cantante de ópera. Los vecinos de entonces abrían las puertas para aplaudirla. Nadie podía negar que tenía voz de ángel y era increíble cómo las lámparas vibraban con sus notas.

—Es una cantante confirmada —decía la abuela de Glen al entre abrir la puerta para oírla. Cantaba el Ave María hasta erizarle la piel. Él asomaba para verla al final del largo pasillo como si fuera la niña fantasma del corredor. Dayana jugaba con unicornios y no intercambiaba saludos. A los diez años salió despavorida a esconderse cerrándole la puerta su apartamento en la cara cuando Glen le dijo Hola. Fue tanta la indignación del niño ante la descortesía de la nena, que le dio la queja a su abuela para que hiciera algo.

—Somos los únicos niños del edificio y Dayana nunca ha querido ser mi amiga. ¡Me tiene miedo abuela! —lloró desconsolado y la vieja no supo cómo explicarle que la chiquilla nació con miedos profundos.

Se decía que su madre tuvo amenaza de aborto y que era un milagro que naciera sana. El padre de Dayana la sobreprotegía al extremo de contratarle maestras privadas. Nunca salía más allá del pasillo a dar conciertos. Los vecinos sabían que tan pronto abrieran las puertas ella huiría sin saludar a nadie.

Glen supuso que Dayana le daba igual la situación del país. Ya había alcanzado los treinta años y sus padres habían fallecido cuando ella tenía veinte y tres. Heredó todo y su vida era un gran misterio para el edificio. Ya nadie se esforzaba con ser amable con ella. Era frustrante verla avanzar a toda prisa para desaparecer de la vista de todos. Ahora con el éxodo masivo era irónico para el hombre saberse en el mismo edificio solitario con una fóbica social. La desolación que sentía en su interior lo hizo pensar en retomar la idea de huir del país como el resto. Glen odiaba hacer filas y procesos clericales como sacar pasaporte y pedirles permiso a las naciones para encontrar una nueva vida. Estaba dispuesto a extinguirse en el silencio antes que doblegarse a la burocracia.

Cuando escuchó el timbre de la puerta se asustó esa tarde del viernes el corazón se le iba a escapar del pecho. Al mirar, vio a la chica con cara de

angustia frente al aumento del lente y no pudo creerlo. Debía tratarse de una verdadera emergencia porque de lo contrario sería imposible tenerla al timbre. Se organizó el cabello con las manos y abrió con suavidad.

—Hola —dijo Dayana con ojos tristes y lo miró a los ojos para darle una hogaza de pan y un poco de carne molida.

Glen se miró al espejo para ver sus costillas asomadas por los costados y fue por su abrigo para tapar la pornográfica desnutrición que se apoderaba de su cuerpo.

—Hola Dayana.

—Sé que te llamas Glen, tu abuela me mareaba con todos los regaños que musitaba por el pasillo. Hasta en mi cuarto se oía —dijo ella entregándole los envases.

—¡Pasa! —Glen abrió la puerta para toparse con una estela de sangre que salía de su pierna.

—¿Estás herida? —preguntó con sorpresa al confirmarlo.

No escatimó en buscar como detener la hemorragia en medio de los nervios y vio como las lágrimas bajan por sus mejillas para acentuarle las ojeras. Al examinarla, no era algo de peligro.

—Me caí hace una hora —lloraba en silencio —pensé mucho venir aquí. Considera que es un intercambio, necesito puntos en la pantorrilla, no

puedo hacerlo sola.

Glen meditó la petición y no se le hizo complicado hacerlo. ¡Era médico! Para efectos de la situación del país se conformó con ver los días pasar al cierre de hospitales y la merma de la población. Calentó agua para esterilizar los instrumentos que guardaba al fondo de la repisa. Estaba hambriento y loco por probar bocado, pero no dejaría a su vecina sin curar. Era pertinente detener el sangrado, buscar anestesia y darle las suturas. Al ver los centímetros de la herida, tuvo que dar 40 puntos. La puso a reposar en el sillón hasta tanto pudiera acarrearla a su casa.

—Hace más de un mes que no le dirigía la palabra a nadie —dijo él con una sonrisa.

—Te gané —, dijo Dayana con un suspiro sin saber qué más decirle.

—¿Qué piensas hacer? ¿Te quedarás en el país o has pensado en mudarte? —Glen abrió el envase para toparse con un succulento manjar que degustó como si nunca hubiera comido.

—No sé qué hacer hace mucho tiempo —dijo mientras se mordisqueaba las uñas con nerviosismo.

Glen sabía que Dayana no era una persona del todo equilibrada. La curiosidad de saberla tan ajena al mundo lo ponían en una situación tensa. Era una mujer que se exasperaba con mucha facilidad y cualquier

imprudencia podría a alejarla. Por primera vez, la tenía de cerca y pudo ver con claridad su semblante. Alzó la mirada y pudo apreciar una sonrisa traslucida que le conmovió. Le llamó la atención ver su serenidad y poder indagar más sobre su vida.

—Ni yo. El mundo nos engañó, no había futuro y como quiera nos dejaron nacer —Glen se tomó la libertad de pasear sus dedos por el envase para comerse los residuos de la comida. Era muy brusco pedirle a la chica que se quedara con él mientras sanaba su pantorrilla. A su juicio, ella lo tomaría a mal.

Como si pudiera leer su mente, lo miró de fijo para ver sus ojos color aceituna y quedarse mirándole de fijo en medio de un trance.

—El mundo es un gran infierno Glen. Mi madre me lo dijo antes de morir —Dayana alzó su mirada para tropezar su mirada y ambos se perdieron en el silencio. Ya la tarde caía y no encontraron qué más decirse. Estar solos tanto tiempo les dio la conformidad de saberse en la misma sala sin la necesidad de emitir palabras. Pasaron las horas en ese extraño ánimo hasta que Glen y Dayana se petrificaron en el sueño y cada uno pernoctó en su respectiva esquina. Fue un alivio para él mirar el reloj y saber que eran las tres de la madrugada y ella seguía a su cuidado. Le dio una cobija teniendo precaución de no tocarle la herida al verla dormir de costado. Era reconfortante tenerla cerca.

Verla dormir fue alentador le dio sentido a su casa. Casi ni se atrevía a moverse con tal de no despertarla.

A la mañana siguiente ya no estaba. Dayana desapareció sin decir nada. Glen supuso que regresó a su apartamento y no le pareció prudente confirmarlo. Ya se sintió pago con la comida que le dio. Procurarle era como un abuso de confianza y permaneció en espera de que volviese de un momento a otro.

Según pasaban las horas, perdía la esperanza de repetir el acercamiento. Se vio tentado a tocar su puerta, pero se abstuvo. Pasaron varios días y la preocupación le ganó. Se dignó en caminar por el pasillo y golpear tres veces su timbre. Al no tener respuesta, movió la perrilla para encontrar que estaba abierta la cerradura.

—Dayana...—se asomó, y vio un imperioso almacén de alimentos posicionado en torres, suficiente como para alimentar a un gentío. Ella lo sorprendió por la espalda dándole un gran susto y la hizo caer por el repentino empujón que le dio producto de su impresión. La levantó del suelo y ella dio sus alaridos al sentirse lastimada.

—¡Dayana, perdón! No quise asustarte —el olor a comida fresca lo hizo salivar. Le pareció suficiente razón para hacerse indispensable de algún modo. Solo debía encontrar excusas para que así fuera. Miró la herida y los

hilos imitaban la forma exacta de un alacrán. Caminaba arrastrando la pierna para no lastimarse porque con la caída se reactivó su dolor.

—Disculpa que entrara así a tu casa. Me preocupé al no verte. Ni siquiera te despediste. Tuve paciencia, pero mi curiosidad ganó.

Al mirar los alrededores, le llamó la atención ver el apartamento convertido en un tipo de arca de Noé. Ella estaba bien equipada como si algún ser divino le hiciera la revelación de los hechos futuros. Preguntarle también sería demasiado para los primeros acercamientos. Estimó, que era mejor irse y dejarla en paz, y que ella diera la iniciativa de pegarle un gritó como los de la infancia si se le antojaba algo.

Ella lo miró con estima y le sirvió un pedazo de filete con arroz blanco y granos. Glen, sonrió con la mirada aguada de agradecimiento. Tomó la carne con los dedos como si olvidará toda civilización y se atragantó el plato como si su abdomen tuviese prisa. Dayana estaba deleitada de verlo comer con afán. Se le hizo divertido tanto como darle de comer a las palomas que caminaban en la azotea de su casa. Glen las oyó y al levantar la vista, vio al reguero de palomas aglomeradas en el techo. Ella no escatimó en sonreír abiertamente.

—Tengo a las mejores amigas del mundo. Nunca me siento sola gracias a ellas— enseguida volvió a servirle otra ración para que Glen repitiera y con

gusto lo hizo. Al asomarse por la ventana ya la ciudad mostraba signos de estar en la categoría de la desolación.

—Dayana, oficialmente eres lo único que tengo— meditó al ver el vacío y masticaba la carne con más pausa —creo que soy afortunado de tener una amiga que cocina divino.

—Gracias y también hago tortas los domingos —dijo mientras se servía un poco de café.

Hablar de la desolación era abrumante. La vida estaba llegando a un punto de ser insoportable para la psiquis. Dayana, estaba feliz con saber que Glen estaba a pasos de distancia. Realmente era un alivio dejar de comer sola. Era la primera vez que se le ocurría tener al niño de al frente como amigo.

—¿Por qué nunca quisiste jugar conmigo? —Glen fue al fregadero a lavar su plato.

—No lo sé. Era una niña muy tímida. Ni siquiera pude ir a una escuela normal. El que la ciudad esté vacía me conforma. No pretendo que me entiendas, pero es algo que viene conmigo.

—Si no te hubieses caído, te daba igual mi presencia que mi ausencia —confirmó Glen con cierto pesar.

—Iba a hablarte de todos modos. Ya me preocupaba el cambio radical de tu apariencia. Pensé que no tenías alimento.

—No tengo nada en mi casa, ni siquiera sé dónde puedo encontrar qué comer. Me alegro de que tú sí, y sería de gran ayuda que me dieras pistas —
Glen se recostó del refrigerador para escuchar su respuesta.

—Me corté entrando por una ventana. Voy a los apartamentos vacíos y tomo cualquier cosa de comer que hayan dejado.

Glen le pareció brillante el atrevimiento. Pensó que era una buena idea unirse a la labor. Observó su rostro; ella tropezó con su mirada y se ruborizó al sentir la profundidad de sus pupilas. Le dio trabajo esquivar sus ojos. Glen lo notó y despistó la mirada para evitarle incomodidad.

Le pidió que tomara asiento para darle un vistazo a su herida; allí levantó el vestido para develar dos piernas sedosas reposadas en el suelo. Se puso en cuclillas y pidió que se volteara. Su piel era suave y no pudo evitar rozar sus dedos accidentalmente en ella para percatarse de lo valiosa que era Dayana en su vida. Protegerla era casi como salvarse a sí mismo.

Bloqueó los pensamientos que se asomaron a su mente por ser inapropiados. No había porqué ceder a la prisa, el simple hecho de hablarle era una novedad sin precedente. De haber algún vecino no era exagerado que pidiera su autógrafo por ser el primer hombre en acercársele.

Ella se sintió conmocionada por la divina sensación de su roce. Nunca había sentido que su pantorrilla fuera tan susceptible al tacto. Una simpleza la

hizo entender, que Glen le era necesario y no tenía idea de cómo debía comportarse ante esa emoción. Al menos ya tenía un compañero de escalamientos que no la dejaría caer de ningún balcón.

Al sanarse su herida, una curiosa figura se le formó sobre la piel. Glen admiró el trabajo de sus costuras y al examinarlo, volvió a pasar los dedos suaves por encima de la marca. Dayana sintió que su corazón se le escapaba del pecho por el toque y debía no mostrarse alucinada por ello. Dentro de sí un raro rubor la centró en Glen. Era poco lo que sabía de esas emociones. Él vivía demasiado retraído en sus pensamientos como para saber el incendio que provocó en Dayana. Estar cerca era suficiente por el momento. Dado a las condiciones de la sociedad, ya nadie era diestro en emociones. Al despedirse, Dayana miraba a Glen alejarse por el ojal de la puerta y la conformidad la acunaba en su camastro.

Glen es un gran amigo. ¿Cómo perdí tanto el tiempo con él?, pensó para sí hasta quedarse dormida.

Al encender la televisión, la programación estaba estacionada en cintas de colores. Todos los canales estaban cerrados y al mirar por las ventanas, las bolsas de basura recorrían la calle como si tuvieran vida propia.

Glen dio tres toques en la puerta vestido de cazador. Se le ocurrió

invitarla al bosque a ver si daban con algo de proteína para contribuir a la cena. Dayana se fue tal y como estaba rumbo a su primera aventura al bosque.

Escoger formas de viajar era fácil. Los autos estaban apilados en las aceras y con suficiente combustible para llegar a su destino. La enajenación de ambos, no los llevaron a hacerse preguntas profundas a cerca de las verdaderas razones de la desolación. Daba igual, al menos había peces en los ríos y animales escurridizos pululando por las áreas montañosas. Podría dormir en cualquier lugar sin temor a nadie.

Una de las preocupaciones más angustiantes para Dana ya era pensar que algo le pudiera pasar a Glen. Entonces sobreprotegerse el uno al otro fue un instinto orgánico. El primer resbaló en la piedra del río hizo a Dayana dar un grito en seco y aguantó a su amigo por la oreja del pantalón. Gesto que le causó gracia al sentir que sus pantaloncillos se le enterraron en las nalgas de manera vergonzosa. No quiso admitir las causas de su risa, pero ella le secundó el reflejo y disfrutaba mucho saltar de piedra en piedra para dar con la mejor charca para lavarse los pies. Se sumergió en el río para despejar el calor de la caminata. El agua fresca le quitó a ella el cansancio. Glen estaba observándole con alegría de verla jugar con el agua. Hasta que supo no poder estar lejos de ella nunca más. Se tiró a su encuentro para nadar a su alrededor.

—Glen, contigo la paso siempre bien —dijo con tono de niña.

—Yo también. Ahora me acabas de convencer que eres mi talismán de supervivencia. Me has librado de caerme más de lo que mi orgullo quiere recocer.

Glen se acercó a ella y ambos se quedaron mirándose de frente. Era una tortura sentir ese vértigo y Dayana optó por alejarse nadando hacia la orilla. La noche estaba próxima a caer y debían estar lejos de las bestias que merodeaba la zona. El frío le abrumaba el paso a la chica y Glen se dispuso a hacer una fogata para no caminar mojados.

—¿Sabes hacer fuego sin cerrillos? —preguntó Dayana mirando su considerable aumento de peso, donde ahora reinaba brazos fuertes y tórax robusto. Mirarlo sin camisa le hizo sentir un pudor sin precedentes. Sus telillas rosadas eran hermosas y nunca se le ocurrió verlas como algo bello. Estaba avergonzada con sus pensamientos. Al verlo salir del agua solo se fijaba en el abultamiento de su pantalón y se sintió inmoral con el impulso de sus ojos. El frío era centellante, y en efecto, Glen encendió el fuego para buscar secar un poco las ropas que llevaban puesta. Glen no escatimó en quitarse los pantalones para exprimirlos. Dayana volteó los ojos al otro lado para no verse tentada a mirar sus nalgas al descubierto.

—Glen, debiste avisarme que haría eso— dijo con pena.

—Deberías ir tras los arbustos a hacer lo mismo. Mojados tardaremos mucho en secarnos y debemos avanzar antes de que oscurezca —Glen levantó los ojos para toparse con la firmeza de sus bustos erectos y sintió un hormigueo al encontrarla hermosa.

Ella exprimió su ropa con debilidad y Glen se prestó a ayudarla a sacar el agua de la tela. Vio su cuerpo de reojo, pero mantuvo la vista abajo para no hacerla sentir incómoda. Ambos se vistieron para tomar la compostura y tratar de espantar los paisajes que cada uno exhibió en esos instantes.

Las emociones en Dayana eran incorrectas de principio a fin. Las confundía con debilidad y falta de respeto. Glen era el nene del frente, no un novio potencial. Todavía no había vivido la experiencia de tener novio nunca. En ese momento supo que el tiempo era un capital y lo había perdido a gran escala. Tanta diversión junto a Glen la hizo sentir feliz y emocionada como una conquistadora del mundo.

—Dayana, ya casi es de noche y no creo que este sea el camino correcto al auto.

—¿Por qué lo dices? —ella miró a ambos lados y en efecto, no era el correcto. Se había metido al otro lado de la montaña y lo que quedaba de sol con suerte eran de quince a veinte minutos.

Dormir en el bosque sin caseta de campaña era estar a merced de los

depredadores. Glen debía decidir si continuaría caminando o se conformarían de cavar una trinchera para dormir y una fogata cercana para calentarse en la noche. Ninguno de los dos pensó en el peligro verdadero. Estar juntos era demasiado divino.

Glen solo temía ser imprudente y Dayana, estaba demasiado ocupada tratando de mantener a distancia entre ellos sin afectar la conectividad. El aullido de los lobos los arrinconó a las piedras de la montaña para no estar tan vulnerable y a merced de ellos. Para que así fuera, crearon una fogata grande. Estaban asustados y arrepentidos de haberse adentrado tanto al bosque sin el debido equipo de supervivencia.

—Vamos tener que tornearnos la vigilia —aseguró Glen al ver la oscuridad a su alrededor.

—Yo solo te seguí a ti. Lo curioso no hemos cazado nada todavía. Ni siquiera tenemos para la cena de hoy— dijo ella al sentir sus vísceras sonar.

Glen la miró a los ojos, el fuego se reflejaba en su semblante para darle un tono naranja que le enterneció. Dayana, lo miró como si él fuera un imán, pero se dedicó a alimentar el fuego de la fogata en vez de hacer brasas más descontroladas en su fuego interior.

Capítulo 2

Antes de que la ciudad fuera un lugar baldío, los políticos fracasados en

las contiendas alertaban seriamente sobre la crisis. La madre de Dayana estaba viva y ocupada con la preparación de la cena. Dayana era una joven que pasaba las tardes con sus audífonos puestos ajena al mundo. Su madre le ordenó botar la basura y con pesadumbre se dirigió al bajante del edificio con las manos llenas de bolsa.

Unas niñas hablaban en las escaleras sobre el fin de los tiempos y que la raza humana iba a desaparecer igual o peor que los dinosaurios. Dayana arrinconó las bolsas a su lado para esconderse mientras oía a las vecinas. Se enteró de todo tipo de desastre, el futuro era siniestro e incambiable. Al bajar otro piso, dos vecinos hablaban de la guerra por el control del poder en el mundo. Un tema complicado para seguir y Dayana necesitaba deshacerse de la basura de una buena vez para poder escuchar con calma todo sobre la extinción.

El terror se hizo presa de ella, su mente lo tomaba todo literal. Al enterarse del fin de los tiempos, dejó la basura en el pasillo y corrió a los brazos de su madre a llorar.

—Mami, el tiempo se acaba al igual que el mundo —dijo sujetándose a su abrazo. Su madre le consoló lo horror.

—¿De dónde sacaste eso? —dijo secándole las lágrimas con las palmas de las manos.

Hablaba con el aliento comprimido a la fatiga repitiendo todo lo que oyó de que a los dinosaurios no le pasó nada versus a los que les esperan a los seres humanos. Entonces mezcló toda la cinematografía que había visto hasta la fecha con las señales de la luna roja en los eclipses y todas las coincidencias que recordaba de los fenómenos.

Su madre le dio a beber un té para calmar los nervios de la niña. Asegurándole que el lugar más seguro del planeta era su casa y siempre y cuando se mantuviera en el perímetro, estaría a salvo. Cada vez que salía por los pasillos se dedicaba a escuchar conversaciones que le ponían los nervios de punta y aceleraban su fábrica de pesadillas. Su madre optó por no dejarla salir.

Glen le dijo a Dayana que lo usara como almohada esa noche en el bosque. Dudó, pero según sentía que ya no podía más con sus párpados, por instinto, fue a parar sobre él cuando el sueño la venció. Tenerla encima de su piel lo hizo sentirse extasiado con su presencia. Miraba su rostro como si fuera un milagro absoluto en su vida. Era hermosa y terminó rodeándola con sus brazos cuando apretó el frío porque eso, a su vez, le sirvió a él para dormir conforme en la dicha.

Analizó que nunca había hecho algo así con ninguna muchacha. Solo se había dedicado a sus estudios de medicina. Su abuela nunca le inculcó la idea otra cosa que no fuera ser un profesional. Al lograrlo, fue exitoso hasta

que los problemas políticos del país propiciaron el éxodo masivo y el cierre de operaciones de las instituciones hospitalarias. La salvación de su carrera era huir del país. Estaba a punto de concretarlo, pero se enfadó con las largas listas de deberes y el dejar sus cosas a la deriva. Ahora menos pensaba en huir del país. Dayana al fin era su amiga y no la dejaría a su suerte. Era muy pronto para sugerirle una aventura como irse sin recursos a otro continente a empezar de cero. Si lo ponía en perspectiva, eran los dueños de la ciudad y, con tantos recursos para ellos solos, debían administrarlo de alguna forma. No se le había ocurrido el hecho de saberse los reyes del espacio. Fantaseó con hacer una nueva civilización con ella. Decirles a las nuevas generaciones que el mundo empezó a partir de ellos y ganar la inmortalidad con alguna mitología que entre los dos podían inventar.

Juró sentir que Dayana le acariciaba el pecho mientras dormía. Cerró los ojos para disfrutarlo y corresponderle al acariciarle el cabello con timidez. Estaba encariñado con ella desde hace mucho tiempo. Jamás se imaginó que tendría la oportunidad de tenerla entre sus brazos.

No se atrevió a moverse para no echar a perder la magia de oírle los sonidos del corazón mezclados con los del bosque. En realidad, no estaba dormida, sino anestesiada con el divino calor que emanaba de Glen. A partir de eso momento, no deseaba estar en otra parte que no fuera sobre él. Dayana abrió los ojos para ver si estaba dormido y fue cuando lo vio mirándola

fijamente. Se sintió confundida ante el cambio dramático en el sonido de su corazón. No podía dejar de mirarlo, ni él a ella. Así quedaron en silencio. Hasta que ella le abrazó con fuerzas como impulso. Él solo se ocupó de acariciarle el cabello hasta dejarla dormida.

A la mañana siguiente, ninguno de los dos quiso hablar mucho. Algo demasiado inexplicable los tenía sumergido en las reservas de dañar el efecto de estar juntos con algún racional que les empañara las emociones. No había pasado nada. Eran dos personas sobreviviendo en una noche fría por la negligencia de no bajar más temprano por la vereda correcta.

Al fin encontraron el camino y el auto. Lo ocuparon con prontitud y Glen condujo hasta una vereda que dejaba el mar desnudo en el horizonte.

—Mira Dayana, somos los dueños de todo —bajaron el auto para admirar ese paisaje paradisiaco.

Glen le tomó la mano. Ella reacciono mirándolo de frente con devoción. Él no pudo contener por más tiempo sus deseos de besarla. Todo aquello era nuevo para ambos a pesar de ser jóvenes adultos. Ella se retiró con brusquedad. Lo que lo causó una gran frustración y sin mediar palabras volvió al auto. Por el camino no dijo ni una sola palabra. Llegaron al edificio y ella se encerró en su apartamento sin despedirse.

Glen estaba confundido y a mitad de pasillo miró la puerta cerrada

como si ese fuera el fin del esfuerzo por acercarse a ella. Meditó que estaba fuera de su alcance ayudarla. En definitivas, él debía pensar en sí mismo y buscar un mejor destino que estar en una ciudad abandonada. Entró a su casa dispuesto a hacer maletas e huirse. No tenía suficiente dinero, pero no estaba dispuesto a sufrir por nadie y Dayana no estaba preparada para abrirse a nadie.

Hizo las maletas y sin pensarlo dos veces, abrió la puerta del apartamento para arrastrar su maleta escalón por escalón. Al percibir el ruido, Dayana abrió la puerta del apartamento y al ver su intención de marcharse lo miró con desaliento sin decirle nada.

Al llegar al último escalón la vio asomada mirándole fijo.

—Me voy Dayana. Aquí no hay vida.

—¡Buen viaje! —fue su palabra final y entró a su apartamento.

Glen se enojó y subió molesto por la actitud injustificada de la chica. Se detuvo delante de la puerta.

—¿Qué fue lo que te molestó? Quiero al menos saberlo.

Dayana abrió la puerta con lentitud y lo dejó entrar.

—No sé qué fue lo que me molestó. Solo sé que necesitamos entender que hay cosas más importantes que nuestras individualidades.

Al fondo un grito los alertó de la presencia de alguien en el piso. Ella juntó la puerta para que él se marchara. No lo hizo, forcejeó y buscó por todos los rincones hasta dar con un hombre recluido en una cama que en apariencia estaba incapaz de valerse por sí mismo.

Dayana se dejó caer en la cama a los pies del enfermo con la cabeza abajo en una profunda tristeza que no podía ponerle fin.

—Me molesta ser infiel. Él es mi esposo y así quedó luego de su accidente en motora.

Glen, ampliamente sorprendido no supo qué decir en ese momento. Solo observó a un manojito humano con ojos saltones. En ese preciso momento entendió porque salía a toda prisa cada mañana y casi no salía a la calle.

—No sabía que eras casada —Glen entendió todo y se dispuso a darle un vistazo a su estado de salud.

—¿Cómo puedo rehacer mi vida si la de él está desecha? Yo juré amarlo hasta la muerte, y nos pasó esto —Dayana, le besó la mano al enfermo, quien pestañó lento y pareció corresponderle con una caricia mal dada.

Glen la miró a los ojos sin saber exactamente cómo tomar la noticia de que era rival de un convaleciente. Solo sabía que le hacía falta un cambio de

pañales y suero para hidratarlo.

—¿Cómo se llama tu esposo?

—Amílcar, dentro de todo sabemos ser felices. A él le gustan las palomas. Los domingos dejo que entren dos o tres al cuarto para que las vea comer semillas. Eso lo hace sonreír.

Glen vio el amor en el rostro de Dayana. Un amor injusto y desesperado que le dio una puñalada de culpabilidad tan pronto la besó. De allí concluyó que su cambio brusco de actitud tenía fundamentos en la lealtad a su esposo.

—Le pasó este accidente cuando solo llevábamos tres años de casado. Su familia se fue lejos y soy todo lo que tiene este señor.

Glen volvió a ver al hombre y miró las fotografías que mostraban a alguien atlético y de personalidad fuerte en las fotos. Le pareció que alguna vez lo vio bajar las escaleras hace varios años atrás. Hizo memoria e indiscutiblemente se acordó. Dayana lo conoció en internet y se casaron a los dos años.

La afinidad entre Dayana y Amílcar fue majestuosa. Ella se enamoró de su sentido del humor y virilidad. La primera vez que se vieron había palomas en los alrededores del exterior del restaurante en donde quedaron en encontrarse. Recordaba el vuelo de las palomas que se alborotaron a su paso

cuando bajó de su motocicleta y ella lo miraba del otro lado de la vitrina. Era un hombre robusto, son sonrisa abierta y presencia impotente. La primera cita fue emocionante porque había cruzado la ciudad bajo la lluvia y a pesar de la tormenta que caía en esa tarde, nada impidió que concretaran el encuentro. Amílcar le conmovió la timidez de Dayana. Hizo todos sus esfuerzos para sacarla de la burbuja rumbo a soltar su renuencia de vivir cosas nuevas. Aquel apretón de mano selló un pacto entre ellos. Él luchó para ganarse su confianza y le dio un nuevo giro a su vida.

Dayana estaba sola en el mundo y él pasó a darle emociones gratas que le hicieron amarse mucho y jurarse eternidades imposibles de cumplir. Tenerlo en la casa bajo sus cuidados era cumplir las promesas que hizo cuando era una persona hábil, repleto de ambiciones. Era historiador y profesor universitario. Ir con él a Europa en motocicleta fue un evento cultural exclusivo. Todo lo que sabía de arte, fue porque él se le enseñó en esos paseos largos por los museos de Europa.

No se conciliaba con el golpe que le dio la vida. Sabía que no existía cura para devolverle la salud y que solo era un organismo esperando el día para liberarse de la condena de vivir en estado vegetativo.

Glen estaba ante una mujer esplendida. Se puso en su lugar y se sintió complacido de tener por vecina a un ángel. A pesar de las inconveniencias de estar incapacitado para disfrutar una vida en pareja con todos los altos y

bajos, Amílcar era un hombre afortunado y contaba con toda su envidia. Había que respetar esa relación porque fue un juramento.

Glen fue por el suero que tenía almacenado en su apartamento. De vez en cuando atendía a quien solicitase de sus servicios. Ya no le quedaban pacientes y sabía que Amílcar automáticamente pasaba a ser su asignación. Dormir en el bosque le dio al enfermo una noche de sed y escozor por la humedad de su orina. No escatimo en ponerle suero y ayudar a Dayana a darle un baño. Después de todo al menos era una forma de mantenerse ágil en la carrera. El pobre hombre necesitaba terapia física para evitar que su condición empeorase al quitarle movilidad. Al darle un baño para asistir a Dayana, prestó atención a las úlceras de su espalda.

Dayana se sintió aliviada al contar con Glen incondicionalmente ante su compromiso moral. Guardaron distancia más por respeto a la dignidad humana que por falta de deseos genuinos de amarse. Amílcar podía entender cosas simples y mostrar algún signo de alegría, sobre todo al dejar que las palomas entrasen a su cuarto y comer granos en sus sábanas.

Glen fue a su bodega a buscar un sillón de ruedas para darle movilidad y evitar encamarlo. Parte de los espasmos que lo hacían dar alaridos de dolor, era por estar en la misma posición todo el día.

Fue un gran avance para Amílcar contar con la ayuda de Glen. A su

vez, Dayana se sintió aliviada de contar con su fuerza para levantarlo de la cama y darle más opciones de movilidad.

No hablaron de romance nunca más a partir de saber la realidad que vivía. No había nada más importante como servirle de aliciente a Dayana. Nunca más lo volvieron a dejar solo. La noche en que durmieron abrazados en el bosque, le pudo haber costado la vida a Amílcar.

No quiso juzgarla por escaparse juntos esa noche. Por un momento pudo pensar en sí misma y en las oportunidades de rehacer su vida. Pasaron varios días en lo que Glen se acordó de la maleta que dejó tirada al pie de las escaleras y fue por ella. Por fortuna, encontró la valentía de enfrentar a Dayana y descubrir su situación real. Ahora los tres cenaban en la mesa con unidad. Amílcar solo movía los ojos de un lado al lado, pero tenía su sitio lejos del aislamiento para sumarse a la pequeña sociedad que encabezaba en la mesa.

Al mirar por la ventana, Amílcar dibujaba una sonrisa al ver a sus palomas. Reconocía la voz dulce de Glen porque se encargó de servirle el postre cada domingo. Iniciaba con él un monólogo que era de hombre a hombre para que se acostumbrara a oír otra voz que no fuera la de su esposa. Toparse con Glen en el pasillo de la casa luego de cumplir con los cuidados de Amílcar, se tornaron confusos para ambos. No existía nadie que los sentenciara a darse la oportunidad de ser pareja. Dar el paso a continuar en lo

que se quedaron era cuestión de darse uno al otro una señal, pero para Dayana era una cuestión de principios. Ese ser discapacitado se merecía todo su respeto por la calidad de ser humano que era. Aún Dayana conservaba los vídeos de la boda y sus vacaciones por el Caribe. En ellos Glen tuvo la oportunidad de ver a un hombre erguido, fuerte y con una personalidad arrasadora. El carisma y las ocurrencias del convalecientes se evidenciaban en las imágenes donde la pareja lucía feliz y complementada. No podía competir con él, era demasiado para su propia ética. Se conformaba con estar en el entorno. Las puertas de la casa se abrieron y el pasillo era parte del mismo hábitat donde ambos traficaban víveres, agua potable y vetaron las puertas para unir las casas.

Dayana conversaba con Amílcar como si la entendiese.

—Amor, tenemos suerte de tener a Glen como nuestro aliado —decía mientras peinaba su cabello largo que amarraba en un moño para iniciar su afeitada matutina —extraño tantas cosas de nosotros amor. Un día como hoy estaríamos en la playa viendo el amanecer. Te gustaba ver a los pelícanos cazar. Hace tanto tiempo que no siento la frescura de la arena en mis pies.

Al día siguiente, Glen le entregó un saco de arena blanca y allí supo que espiaba las conversaciones que tenía con su marido. Conformé, tomó una madeja de metal para derramarla allí y enterrar los pies para sentir la frescura de la playa su casa. Al poner los pies en la arena ella misma paseó los dedos

por las pantorrillas para sentir esa corriente reveladora que aprendió de su proximidad con Glen. Esos segundos donde cerró los ojos les sirvieron para imaginar nuevamente esa escena. Glen pudo leer su carecía desde el extremo del pasillo, se levantó de la butaca para caminar a paso lento hasta ella. Se arrodilló para pasear sus dedos por sus piernas. Ella reaccionó sorprendida de la iniciativa y no tuvo voluntad para resistirse. La piel le ardía de placer e instintivamente aceptó el escalofrío como un boleto para irse del mundo en esas caricias.

Glen, extasiado con sentir la textura de su cuerpo deseaba amarla ese preciso momento. Ellos no podían resistirse ante tanta delicadeza, como si él pudiese tener lectura al manual de instrucciones de sus gestos de placer. Subió un poco la falda para pasear las palmas de sus manos por los muslos. El meñique rozó su humedad y Glen estaba delirando con tirarla al sofá para hacerse uno en sus brazos. Estaba excitado solo de verla irse de la realidad. Besó su boca con ligereza para si temiera no ser correspondido.

Cuando abrió sus ojos, pudo confirmar la bella erección que se calcaba en su cremallera. Iba a gemir de solo imaginarse poseída. Se contuvo porque era impropio. Concedió un poco de aquellas demostraciones, y descubrió que el deseo era más fuerte que ella. Glen se detuvo. Analizó que de proceder ella podía sentirse asediada por la culpa. No quería ese drama entre ellos. Así que se apartó dejándole el escalofrío como un carimbo encima del anhelo. Quiso

detenerlo, pero él desapareció de su vista en el corredor y entró a su apartamento para seguir observándola en su butaca. Ella lo miró extasiada y sus pies los enteró en la arena. Le hubiese gustado caber en la bandeja de metal para desaparecerse de la repentina vergüenza. Terminó por levantarse y esconderse en su habitación.

En el desayuno no se despegaban ojos de encima. Llegaba al punto de tener demasiada tensión afectiva y consumarla era imposible en ese momento. Usualmente, las parejas hablan de eventos catastróficos, pero Amílcar y Dayana nunca imaginaron que el destino de su relación tendría un desenlace desgraciado. Alimentarse de los recuerdos es lo que mantenía la luz en el rostro de ella. Ahora Amílcar era como un ente simbólico en la casa. Su presencia tendía un abismo, pero Glen entendía perfectamente lo que significaba un juramento. Estaba en la mejor disposición de permanecer al pendiente de ellos muy a pesar de sus propios sentimientos.

A modo de broma le decía que envidiaba el amor que Dayana le tenía y que estaba celoso. Eso lo hacía sonreír y buscar con torpeza darle la mano a su esposa con la sonrisa recostada en la mueca en su rostro. Estaba consciente del ambiente que le rodeaba y dejaba en claro su aferramiento con ella en alaridos que llamaban la atención de Dayana para dejar saber sus deseos de: tomar agua, más comida o cansancio. Miraba a Glen como si fuera un

hermano grande que le caía del cielo. Apretaba su mano con urgencia para darle las gracias por estar con ellos de forma incondicional. Sus reacciones dejaban en claro que aún en su incapacidad reconocía a su señora y estaba aferrado a la vida por ella.

A veces se le escapaba una lágrima del rostro con la veía bailar sola en la sala para deleitarlo. Deseaba poder salirse de la silla de ruedas para tomarla por la cintura con la soltura y la fuerza del principio de su relación. En esos días él era su compañero de baile y se la pasaban fenomenal al mejorar las piruetas de sus saltos para una vez concluida la rutina pasar toda la noche entre las sábanas haciendo el amor con su esposa.

Ya solo se conformaba con verla dar pasos a solas mientras él contaba los días para saber la fecha exacta de su muerte. No podía verbalizarlo, pero prefería morir que ser una carga para ella. Glen lo miraba con mucha compasión. Amílcar supo desde el primer momento que era un buen sujeto. Envidiaba su salud y le dolía no poder si quiera jugar póker con él o disfrutar de una cerveza los viernes. Era injusto ser dependiente de ellos. Al menos estaba tranquilo con verlo por los alrededores acomodando los muebles y sirviéndole la comida con esa devoción que no podía agradecer con meros pestañeos. Debía forzarse en hablar con él. Luchaba con su cuerpo roto para obligar a sus cuerdas vocales a renovar los sonidos. Balbuceaba sin atinar a darle sentido a los sonidos. De todos los males, el no poder expresarse fue el

más duro de aceptar. Deseaba decirle a Dayana que la amaba con todas sus fuerzas, y que, de todas las mujeres, ella es su gran amor y la reina de su alma. Podía presentir que Glen estaba interesado en ella y no era para menos. En su mente lo correcto era darle la libertad de rehacer su vida sin que él fuese una excusa para estancarse. ¿Cómo decir todo eso si apenas podía coordinar las vocales? Le quedaban las lágrimas como lenguaje, pero ellos pensaban en él como si fuera un chiquillo desconectado de la realidad. El caso es que sabía muy bien todo lo que ocurría en su entorno, y de haberse podido mover, se habría tirado de la azotea para salir del mundo a toda velocidad.

Ese fatídico día del accidente debió morir. Repasaba ese 14 de noviembre como si quisiera darle para atrás al tiempo. Se acordaba de la escena en forma vivida. Un hoyo en la carretera lo hizo perder el control de la motora y rodó por un acantilado hasta partírsele la espalda y las costillas. Vio el cielo en la agonía tras el impacto y vio toda la vida en cámara lenta. Dentro de todo, tuvo momentos maravillosos en donde fue verdaderamente feliz. Amílcar viajó Europa, Asia, Estados Unidos y el Caribe. Esquió en la nieve, fue a muchas fiestas en donde era el rey de los chistes por gran su sentido del humor.

Capítulo 3

La única meta de Amílcar era hablar con claridad. Llenaba el ambiente

con balbuceos incomprensibles a ver si en alguno de ellos lograba que le saliera la frase que ensayaba en su mente. “Amor eres libre, necesito que rehagas tu vida, no dejes que Glen se te escape”, ambos miraban a Amílcar con mucha ternura, mientras la desesperación se apoderaba de su incapacidad de lograr su discurso de quince palabras.

Repasaba si alguna vez habló con su esposa sobre qué hacer en caso de perder la movilidad y dejar de ser hábil. Lamentó no hablar de eso antes y verla perder la juventud a su lado.

—Amílcar intenta decirnos algo hace días —concluyó Glen a leer la ansiedad en sus ojos. Al fin sonrió el convaleciente y lo creyó un gran logro.

Se le ocurrió hacerse el dormido para darle tiempo libre a ambos a ver si dejaba de ser un estorbo y su esposa entendía el mensaje que deseaba darle. En aquellos días de noviazgo, la adrenalina era parte de la relación. Subieron en motora a las montañas para hacer el amor bajo las estrellas en la cima donde a nadie se le ocurría a dar un paraje.

—¡Todo esto es tu nuestro amor! —dijo Amílcar en esos días que le regaló el paisaje de Perú a su entonces novia.

—¡Poder absoluto amor! Somos los dueños de todo.

—Lo que digas amor. Somos amos de las pirámides, las montañas y cualquier cosa que apreciemos. Somos los dueños de todos los continentes —

Dayana rodeó la cintura de Amílcar para cuadrar su barbilla en su hombro mientras lo abrazaba por la espalda—, gracias por el regalo del horizonte. Me siento afortunada, me lo has dado todo —se volteó para besarlo apasionadamente—. Yo te regalo mi vida consagrada a ti.

—Ufff, eso suena a esclavitud.

—Me esclavizaré para hacerte feliz. Te juro que como esposa haré valer los votos hasta las últimas consecuencias.

—Lo sé y hasta me preocupa no cumplirte igual— se le escapó una carcajada a Amílcar y al segundo su esposa le da una palmada en el trasero —¡Okay! Voy a tratar de ser el mejor esposo del mundo. Veré el fútbol en las noches y haré lo posible por no ignorarte y tenerte de esclava al pedirte mis cervezas una a una. Al otro día de un partido seré tu mayordomo, solo quiero ver las Series de los Mundiales junto a la mujer que amo.

—¡Trato hecho! Yo te daré apoyo emocional si tu equipo pierde.

—Ufff, ahí debes ser mi psicoterapeuta, puedo deprimirme y hasta quedarme en estado vegetativo si alguien no hace el trabajo que le corresponde en el campo. Decepcionarme es mortal para mis sentimientos de fanático.

Abrazarse a él era la dicha absoluta para Dayana. El ocaso caía y ellos ponían una manta encima de la hierba para abrazarse y amarse

apasionadamente. Eran tiempos de gran vitalidad para ambos. Una pareja de cómplices que cruzaban las fronteras latinoamericanas cruzando montes y ríos y burlando las leyes de emigración. El mundo les pertenecía y nadie les diría los límites con reglas estúpidas.

Así se hicieron famosos entre la policía que al perseguirlos llegaba a la conclusión de que eran dos enamorados contra el mundo y los dejaban pasar sintiendo envidia de sus libertades.

—Son los mismos tortolitos de la semana pasada —decía uno de ellos con una sonrisa en los labios —dejemos a esa gente en paz. Creo que es una deliciosa fantasía sexual pasar sin dar explicaciones por las fronteras. La vida es una, no me voy a meter con esa gente.

Amílcar adoraba los riesgos de ir con Dayana a cuevas y ríos donde no escatimaron en hacer fusión con la naturaleza. Eran como los gitanos, iban de rumba y fiesta por doquier y reían. Las familias de ambos los llamaban: locos. Tomaban muchos riesgos por tal de sacarse fotografías memorables. Se dedicaron a viajar sin pausas y no temían dormir en lugares inhóspitos por tal de completar sus aventuras. Eran la envidia de sus amigos. Se gastaron la herencia de ambos en ver las maravillas del mundo y Dayana estaba convencida de que fue la mejor inversión al reflexionar sobre la condición de él.

Lo extrañaba a rabiar y lloraba con frecuencia al ver su cuerpo huesudo cuando gozaba de un físico fornido y era ágil al escalar montañas. El contraste de lo que fue y en lo que se había convertido, la deprimía mucho. Los recuerdos consolidaron el compromiso en instancias que no había forma de retomar los sucesos para evitar aquel fatal accidente que les arruinó la vida.

Sus amigos y familiares desaparecieron tan pronto el país alcanzó la desintegración. La caída económica se parecía mucho a su propia salud, una mala movida lo hizo insostenible. Dayana analizó que verlo encamado fue demasiado fuerte para todos. Pensó que recibiría apoyo de su familia, pero nadie quiso reconocer a Amílcar como un ser humano luego de aquel 14 de noviembre. Su propia madre deseaba mejor su muerte a verlo condenado a la convalecencia hasta el final de sus días.

Estuvo entubado por varios meses en estado comatoso en donde todos sugerían dejarlo ir, pero Dayana era quien tenía la última palabra y decidió estar día y noche a su lado en lo que despertaba. Así lo hizo, y fue como el nacimiento de una bestia para muchos. La familia se enojó con ella por ir en contra de la naturaleza y no dejarlo descansar en paz. Pensaba que la condena de estar atado a una cama era culpa de su mentalidad egoísta.

—¡Eso no es mi hijo! —decía la madre de Amílcar al verlo con la mirada desorbitada.

—Él es mi esposo y lo será hasta el día en que se muera que no será ni hoy ni mañana —repuso en esa ocasión Dayana aferrada a él y sin importarle las consecuencias.

Salvarle la vida fue el gran logro. Arrimarse al calor de su cuerpo le permitía hacer su proceso de duelo menos doloroso. Aún dormía con él a pesar de estar en ese estado. No se podía permitir fallarle ahora que Glen aparecía en el panorama. En definitivas, Glen entendía que el apego de ambos.

Muchas veces, los veía dormidos tomados de las manos y no podía evitar dejar caer sus lágrimas al saber que Dayana era una mujer que amaba hasta las últimas consecuencias. No podía arrebatársela de su lado. El vínculo era fuerte y hasta él mismo había desarrollado un gran afecto por Amílcar.

El futuro de por sí era incierto. En esos días nadie podía planificar la vida. Todo el país se venía abajo y encontró un sitio al lado de ellos. Al menos, ser su médico y darle paz en esos días cruciales de su convalecencia, le daba espacio en la vida de Dayana. La felicidad estaba presente en la casa de algún modo nada tradicional ante cualquiera que lo evaluase.

Ya Glen había encontrado su causa. Amar a Dayana en la distancia pertinente y tener paciencia en el proceso. Pudo haberse ido a otra parte del mundo, pero jamás se lo hubiese perdonado así mismo. El triángulo era

perfecto. Así lo analizaba él cuando cumplía con levantar el cuerpo de su antecesor para ponerle en la cama.

Por las escaleras del edificio a pareció Fedra en una tarde de abril. Entró a rebuscar en los apartamentos algo que comer. Glen la sorprendió en el corredor robándose hogazas de pan.

—¡Deténgase ladrona! —su exclamación hizo correr a Dayana por el pasillo y allí Glen forcejeaba con ella para evitar el robo.

—¡No soy una ladrona señor, solo tengo hambre! Deme un poco de pan por hoy —repuso la chica gritando con rabia y desesperación.

Dayana bajó los ánimos y no escatimó en darle de comer.

—Glen, solo quiere pan, no robarse el televisor de plasma.

La joven cayó de rodillas a dar gracias al probar comida caliente por primera vez en una semana. No paraba de agradecer a su anfitriona por la bondad. Guardaba resentimientos con Glen por apretarla las muñecas con fuerza y evitar que se saliera con las suyas.

— Espero me perdones por apretarte. ¿Cuántas personas quedan allá afuera? —

preguntó Glen con curiosidad.

—Pocos, todo el mundo ha emigrado. Aun no entiendo bien a qué se debe la huida, pero se especula que esta ciudad tiene contaminantes y epidemias. ¿Por qué ustedes no se han ido? —dijo la chica sin dejar de saborear su plato.

—Mi esposo está encamado y no tenemos a dónde ir.

A la chica le alivió saber que Glen era soltero a pesar de todo. Lejos de las groserías con que le salió era indiscutiblemente guapo. Verlo era deleitarse con su presencia y Dayana se percató que estaba fascinada con él después de todo.

—Han sido amables, espero me perdonen el atrevimiento, no pensé que había habitantes aquí.

—¿Te quedarás en la ciudad? —preguntó Glen a Fedra.

—Me parece increíble que estemos viviendo esta desgracia. No sé qué hacer, tal vez deberíamos irnos todos y no insistir en prevalecer aquí hasta tanto las cosas se resuelvan.

—¿Crees que esto tenga solución? Más bien todos tenemos serias responsabilidades y mucho que ver con este desastre económico —dijo Glen bajando la cabeza.

—No sé en qué medida yo tuve algo que ver. Solo me dediqué a mi carrera y de la noche a la mañana me quedé sin empleo —dijo comiendo el

pedazo de carne con rapidez.

—Hemos vuelto a la edad de piedra. Yo no creo que exista salvación

—aseguró Glen mientras cortaba un pedazo de torta.

Los alaridos de Amílcar asustaron a la chica y pegó un salto en la silla.

—¡Su esposo no habla!

—No, sufrió un accidente de motora. El golpe en la cabeza casi le gusta la vida. Se lastimó la cervical y es un milagro haberle salvado la vida

—dijo Dayana con tristeza.

—Soy terapeuta ocupacional y del habla —estoy agradecida por este plato de comida que me han brindado, si algo puedo hacer por ustedes, soy su servidora. Además, no tengo amigos ya y duele estar sola.

Glen y Dayana se miraron a la cara y no tardaron ni un segundo en estar de acuerdo con que se quedara un tiempo. Seguida Fedra dio un brinco de felicidad y se mostró deseosa de conocer a su paciente.

—Soy médico y acepto los refuerzos — dijo Glen cortando un pedazo de torta para la visitante.

La pasión por la carrera es algo indiscutible. Fedra pasaba las tardes junto a Amílcar para lograr mejorar sus destrezas de comunicación. Parte del

reto era hacer que dominara sus frustraciones de querer hablar sin siquiera dominar el volumen de su voz en las fuerzas vocales. Estiraba su cuerpo para hacer que sus músculos se fortalecieran. Al menos este dominaba sus ojos y un pestañeo era para sí y dos eran para no.

Al ver el progreso, tanto Glen como Dayana se sintieron complacidos. Jugaban con Amílcar al hacerles preguntas de afecto y ya supiera decir si los amaba sí o no. Hicieron una familia interesante y Fedra les daba espacio para ir a cazar al bosque mientras ella se hacía cargo de su paciente. Quien indiscutiblemente, la apreciaba.

En el bosque Dayana tropezó con una roca y cayó al suelo. Glen fue a su encuentro para ponerla de pie, pero ella prefirió tirarlo a su lado.

—Gracias por existir en este momento tétrico de mi vida —le dijo tomándole de la mano.

Glen inclinó su cuerpo para besarla sin ningún permiso. No podía detener su sed por ella y fue correspondido con la misma intensidad. Comenzó a llover y aun así no dejaron de besarse y abrazarse fuerte. Era claro que los sentimientos llegaban.

—No quiero hacerte sentir obligada —le dijo al oído.

Dayana recuperó la compostura y lloró bajo la lluvia porque estaba

segura de que Glen no notaría cuales de las gotas sobre su cara había salido de ella. Se le hacía insostenible desearle la muerte a Amílcar para lograr estar a su lado. Cada vez que ese pensamiento irrumpía en su cabeza, se sentía abominable y huía a su apartamento al ver destellos de hipocresía en su corazón.

Nadie estaba viviendo la vida que soñó en la infancia. El mundo era impredecible y solo se podía improvisar la supervivencia. No pudieron continuar adelante con sus deseos. Resultaba incómodo proseguir. Dayana quedó extasiada al ver la retira de Glen. Lo entendió y prefirieron no hablar del tema por el camino.

Fedra consideraba la comida como el mejor sueldo diario. Se había hecho uña y carne con Amílcar. Como si tuvieran una sociedad secreta entre ambos. Ensayaron tomar lápiz y papel para que él tratara de escribir sus pensamientos. El primer paso fue la vocal A de su nombre, le salía gigante, pero al menos caía dentro de la hoja. La chica los recibió con la noticia y celebraron esa vocal como si fuera motivo de un evento para botar la casa por la ventana.

La pasión por su trabajo fue por devoción a su hermano con perlesía cerebral. Ella le enseñó a leer y escribir y a alejarse de los conceptos que limitan el espíritu de superación. En la universidad se destacó por ser una de las mejores estudiantes y perteneció al cuadro de honor. Esa generación que

imperaba en las calles era una dedicada casi en exclusiva a auto realizarse. El contraste era no tener dónde ejercer en un país vacío. Glen sabía exactamente el sentimiento de impotencia de Fedra. Él mismo pasó largas depresiones aceptando ser ciudadano de un país hecho trizas.

Indiscutiblemente Fedra y Glen, tenían muchas cosas en común y conversaban largas horas mientras Dayana dormía junto a Amílcar. Abría los ojos al oírlos reír y eso le hizo creer que perdía terreno con Glen. Se volteó para ver a Amílcar y se sorprendió al toparse con su mirada tierna.

—¿Estás despierto? Pensé que dormías. ¿Tienes sueños? —Dayana vio sus dos parpadeos y supo que no. Tal y como Fedra le había enseñado.

Dayana paseó sus manos por el rostro de su esposo y él le sonrió con inocencia. A ella se le escaparon varias lágrimas de rabia al analizar que la vida tenía sus crueldades y acabar con su matrimonio, fue una injuria del azar. Rememoraba fechas importantes con su marido, y este a su vez, dejaba su mirada lánguida como quien busca en la memoria esos eventos de felicidad que son imposible de rescatar.

—Amor, debimos ser felices por más tiempo. Nunca se nos ocurrió que viviríamos algo así. Tu familia no me habla, dicen que robar personas de la muerte hace que se sufra. Que debí dejarte ir y no lucharte. No supe qué hacer entonces. Solo me ocupé de asegurarme que tu corazón siguiera

latiendo. Tenerte en mi vida es todo. Ni siquiera pensé en ti realmente, sino en mía urgencia de poder abrazarte sin importar que tú fueras el más afectado con mi egoísmo. ¿Crees que fui egoísta? —preguntó y se topó un solo pestañeo para leer un sí como respuesta. Ella bajo la mirada inundada de lágrimas y le acarició la barbilla —. No estaba lista para perderte entonces. Creo que nunca lo estaré. A veces maldigo el día que te empeñaste en salir por un capricho mío. Recuerdo el sonido de las manijas del reloj cuando tardaste más de la cuenta. Estuve mirándolo con el mal presentimiento. Incluso me imaginé sin ti y no me gustó para nada ver tu lado de la cama vacío. ¿Cuál de todos esos segundos de angustia fue el que nos robó la vida? Me imagino que tampoco te acuerdas de ese detalle. Ese día todo salió mal para mucha gente. Me pregunto cuáles de las cosas que pasaron ese día debió cambiar para evitar estar viviendo esto que nos ha tocado. Los testigos dijeron que había un agujero en el pavimento. Entonces por culpa de alguien que no hizo su trabajo, llegamos a estos lindes de destrucción. Somos víctimas de la causa y los efectos, mi amor. No me arrepiento de haber escogido como hombre. Eres el mejor de ellos después de todo y si volviera a nacer, volvería a escogerte.

Amílcar levantó su mano con dificultad para depositarlas en las manos de ella y pudo oír con claridad algo que le sorprendió.

—¡Vive! —dijo con todas las fuerzas de sus entrañas y sonrió al

lograrlo sin poder contener una lágrima.

Dayana creyó que su imaginación estaba inventando cosas y que su cordura entraba en cuestionamientos. No quiso hacer alardes sobre lo que dijo Amílcar a solas con ella. Solo le resultó tan milagroso como la vez que escuchó decirle te amo por primera vez. Habían escalado una montaña alta temiendo caerse y estaban perdidos en esos prados sin saber cómo regresar.

Estaban hambrientos y arrepentidos de haber tomado el riesgo innecesario. Llegaron a la cima sin aliento y convencidos que era el fin de ambos. Luego de aliviar sus fatigas celebraron al ver un árbol de mangó en el lugar y casi a rastras comieron hasta saciarse.

—Confirmado, estamos locos —dijo Amílcar con la boca llena.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo Dayana mirando la distancia recorrida e impresionada por tratarse de un milagro.

—Debemos reflexionar sobre nuestras loqueras. Estamos lejos e incomunicados. Ni con señales de humo alguien nos rescata —Amílcar se puso de pie para observar el cañón que habían recorrido. Era como un planeta dentro de la Tierra.

La luna se asomaba en el firmamento y el sereno de la brisa del ocaso anunciaba una noche fría.

—¡Debimos pensarlo antes! —Dayana se puso en pie para mirar

maravillas su entorno. Era preciso grabar el momento en la memoria.

—Sé que te preguntarás por qué soy así —dijo sonriendo —es que tengo el presentimiento que no puedo ser de otra manera. No sé lo que pueda pasar luego, pero vivir es la gestión más importante. Tener la oportunidad de estar en lugares donde nadie más llega, me hace sentir que nacer es mucho más que un mero accidente o el capricho de padres negligente como los míos. ¡No usaron condón!

—Siempre dices lo mismo —Dayana los rodea en un abrazo entre risas.

—Si pasase algo mañana, siempre me acordaré de estos recorridos — Amílcar abrazó a Dayana fuerte.

—¿Qué podría pasar mañana? Contigo nada se sabe amor. Eres el hombre más impredecible que existe.

—Te amo Dayana y quiero que seas mi esposa —seguido se arrodilló para sacar el anillo de su pantalón.

—¿Vinimos hasta acá a esto? —preguntó conmovida.

—¡Vive! Ven a mi lado, seamos uno —Amílcar la besó con la certeza de estar escogiendo bien a su señora.

Fueron esos momentos mágicos los que construyeron la lealtad de Dayana hacia Amílcar. Al segundo de caer de la motora, ese fue el instante que repasó cuando estaba en incertidumbre de muerte. El golpe no le hizo

ignorar la belleza de los árboles en contraste con el cielo añil. El rostro de Dayana fue lo último que recordó antes de caer en estado de coma.

Dayana se abrazó fuerte al cuerpo de Amílcar y le dijo al oído que los mejores momentos de su vida él los protagonizó.

—No cambio nada de ti amor. No me arrepiento de estar a tu lado. No te dejaré, nada es más importante que tú —se arrinconó en su huesudo pecho hasta quedarse dormida.

Cuando se es joven nadie piensa en la muerte ni en eventos desgraciados. Se goza de un raro sentimiento de inmortalidad como si la juventud y la fuerza dieran súper poderes a las personas. A medida que cada uno arraiga su vida a las rutinas sociales, la realidad les quita las fuerzas para sumarlos a la realidad de ser finitos y frágiles. La vida puede irse en un pestañeo. En un solo segundo todo cambia y el más hábil de los seres humanos puede volverse incapaz de tomar un vaso de agua por sí mismo.

A esa ironía se enfrentaba Dayana día y noche. Ya su espíritu superó la etapa de negación. Era evidente que para Amílcar no había otro futuro posible que depender de ella. Entonces temió faltarle. Con Glen y Fedra en la casa al menos sabía que eran personas capaces de hacerse cargo de ambos por humanidad. Eran tiempos horribles y ya con que las calles estuviesen desiertas

y los comercios cerrados, era un agravante más para su situación.

Ver a Fedra hablar con Glen, le hacía pensar en el peligro de perderlo. Era pertinente obedecer a Amílcar con su dictado directo de que le ordenaba vivir. Dar el paso era la prueba de fuego, Fedra parecía ganar terreno con Glen y eso empezó a incomodarle. Por otro lado, nunca se preocupó por saber qué acontecimientos fomentaron el éxodo masivo de las personas. La crisis económica se perfilaba como la principal responsable de la deserción de los ciudadanos.

Dayana encendió la televisión para volver a ver las estaciones con los cintillos de colores. De haber estado fuera de función se supone que la estática estuviese en la señal. Ni Fedra ni Glen deseaban ir tras otras personas. El círculo era cerrado entre ellos.

—Debemos investigar si hay gente allá afuera— dijo Dayana con firmeza.

—Las que conocí eran horrendas y nada consideradas. Son capaz de darte muerte por un plato de lentejas —respondió la chica con dejadez.

—Al menos debemos hacer un esfuerzo por obtener más información —dijo Dayana.

¿Qué más información necesitaban? La corrupción acabó con todo el orden que existía. Estaban a salvo dentro del edificio. Solo salía a cazar y a

pesca. Hasta en eso la desgracia le quitó todo lo que podría servirle de comienzo. Glen se percató sobre el cambio de actitud en Dayana. Decidió ir con ella temprano a un recorrido para calmarle la ansiedad.

Él también le urgía salir por aire fresco. Comenzaba a afectarle la rutina. Visitaron las calles para encontrarse con todo cerrado y sucio. Con excepción de varios sabuesos realengos, no había más señales de población. Consideraban seriamente en averiguar en los suburbios si otros obstinados y renuentes a irse podrían darles pistas de los eventos que estaban pasando realmente en la ciudad. Una cortina de polvo les quitó la visibilidad y se detuvieron a esperar que se dispersara.

Capítulo 4

Imposible de creer. Fedra y Amílcar no estaban en el apartamento. Indiscutiblemente, Fedra tuvo ayuda para poder con el peso de Amílcar por las escaleras.

—¡Dime que esto no está pasando! —exclamó innumerables veces hasta quedarse sentada en una esquina sin emitir palabras.

—¿Vamos a ver los predios?

—No. Ya sé lo que pasa —dijo con ella con certeza.

—¿Cómo así? —Glen se sienta a su lado a oírla.

—Él le pidió irse de algún modo. Amílcar me dijo claro la palabra Vive. Recuperó el habla y se fue con ella para liberarnos de toda responsabilidad y darnos el camino libre.

—¿Qué disparates estás diciendo? —Glen le tomó el rostro con las manos.

—¡Lógica! Sabe que me interesas y que no haré nada porque sería incapaz de traicionarlo.

—¡No tiene sentido lo que dices! —Glen levanta la mirada y ve a Fedra.

—¿Dónde está Amílcar? —Dayana grita la pregunta.

—¡En el palomar! Le pregunté si quería salir del cuarto y lo llevé a tomar aire fresco. ¿Qué de malo hay en eso? —Fedra quedó impactada por el tono en que se dirigió a ella.

Al asomarse lo ve y le sonrío al ver su rostro. Dayana camina con prisa a su encuentro y todas las palomas volaron a ellos en busca de alimento. Las carcajadas de Amílcar la hicieron reír.

—Amor, ahora resulta que eres un autoritario. Casi me muero del susto al no verte.

Al ver a su médico, dijo Glen con claridad y fue a su encuentro maravillado. Ambos miraron a Fedra estupefactos.

—¡Eres buena muchacha! Entonces no es mi imaginación —Dayana se inclinó ante él.

—Amílcar no se calla la boca desde que aprendió a decir sí y no. Trabajamos con el control de los sonidos y dice: Glen, Daya, Fe y vive. Fedra, Amílcar sabe que lo amas y quiere decirte que él también te ama. Quiere que seas feliz. De eso hablamos todo el tiempo.

Dayana lo mira a los ojos.

—Amor mío, me haces feliz ahora mismo cuando veo ese reguero de palomas picotearte el regazo y que sonrías. Te ves guapo bajo el sol. A ti te encanta el sol. ¿Te acuerdas cuando me lo regalaste un día? —vio a Amílcar afirmar con los ojos.

Sin explicaciones coherentes, la ciudad fue retomada y fumigada por doquier. Desde la ventana los cuatro observaron los autobuses llegar y las personas bajaban como hormigas a recuperar sus residencias.

—Ahora tendremos a quienes preguntarles lo que ocurrió— dijo Fedra pensativa.

—Entonces somos sobrevivientes de lo que haya sido. A mí me parece más una histeria colectiva que una realidad —repuso Glen con certeza.

—Sea lo que sea, fue de gran relevancia y espero no nos cause consecuencias— Dayana no perdió el tiempo y se puso el abrigo para

indagar.

Las personas estaban ajetreadas bajando los equipajes de los autobuses. Nadie se percató de su presencia, más bien la esquivaban para seguir con sus deberes. Se acercó a una señora que se le había abierto la maleta en dos y aprovechó darle ayuda para saber qué estaba ocurriendo.

—Yo le ayudo —acomodó unos sostenes gigantes dentro del equipaje, gorro de baños, pantaletas inmensas, cepillo, perfumes y dos horrorosas sandalias que olían a queso.

—Muchas gracias muchacha —repuso la vieja.

—¿Sabe usted por qué la ciudad se vació? No hay señal y los noticieros. Jamás pude enterrarme porque había que salir corriendo.

—Dijeron que iban a subir los impuestos —repuso mientras se ponían en marcha para seguir su rumbo.

—¿Pero le parece que eso es razón? —preguntó con insistencia.

—Los hospitales y las escuelas cerraron, aumentaron los salarios mínimos y elevó los precios de producción de las empresas y cerraron. Niña ¿en qué mundo vives? —fue la respuesta de la vieja que le pareció suficiente, pero no del todo justificable.

Dayana se disponía a regresar a su apartamento cuando Glen la sorprendió de frente. La toma de la mano y la lleva a un callejón para besarla

sin miedos. Le corresponde con el mismo afán y sin importarle mucho las consecuencias.

—Es tiempo que retomemos lo que empezamos —fueron sus palabras al oído, estuvo de acuerdo en olvidarse de todo y dejarse llevar. Glen paseó sus manos por la espalda y el escalofrío se hizo preso de ella quien no podía más con sus deseos de ser amada por Glen por primera vez en todo ese tiempo. Sin meditarlo, forzaron la puerta de un negocio vacío y se encontraron con un sofá verde olivo que le sirvió para los fines de amarse sin miedo. Fue tanto el deseo de ambos que a toda prisa consumaron su unión hasta distribuir en el espacio los gemidos de placer. Gemidos que parecían estar atorados en el pecho de ella por falta de práctica. Deliraba de éxtasis, él estaba orquestando su propio gemido confesándole que la amaba con locura y que no se sintiera culpable por amarlo de igual modo.

Animada por la comprensión de Amílcar, se dejó llevar hasta caer rendida en los brazos de Glen quien lloró de la emoción al verla desnuda a su lado. Era la primera vez que se entregaba en cuerpo y alma a una mujer. Había pasado todas las pruebas de paciencia y ya no podía esperar más para estar juntos.

Al entrar el apartamento, Dayana se topó con que su esposo había

recibido un baño espléndido. Olía a perfume y Fedra mostraba el rostro demacrado por el esfuerzo de haberlo aseado sola.

—No encontré otra forma de liberarlo del olor de su excremento. Parece que la comida le cayó mal— dijo Fedra exhausta.

Amílcar no le soltaba la mano, ella estaba a la espera de que se enfriará la sopa para dársela.

—Gracias Fedra. Me imagino que fue una emergencia para que te dieras a la tarea sola —Amílcar no tardó en quedarse dormido.

Dayana encontraba curioso que su marido se aferrara tanto a Fedra. Ya decía sí y no con la voz. Las terapias lograron una mejor respuesta y control de sus alaridos. Glen tuvo que admitir que Fedra era genial como terapeuta. Logró que Amílcar lograra mayor movilidad de las manos. Yo levantaba la pelvis para el cambio de pañales y tenía un mejor semblante.

Glen y Dayana estaban confiados de que Fedra era competente para hacerse cargo. Ya era tiempo de buscar empleo en los hospitales que reanularon sus operaciones. Lo acompañó a varias entrevistas de trabajo mientras ella rogaba al cielo por recibir la buena noticia.

Aprovechaban las rondas para hacer varias comprar con los ahorros que había juntado. La ciudad recomponía su apariencia. Debía acostumbrarse a respetar las señales de tránsito porque ya los semáforos se recompusieron por

completo. Al llegar al apartamento con la compra en la mano. Glen vio a Fedra salir desnuda y se escondió para no ser visto.

Se asomó y no salía de su asombro al verla encima de Amílcar teniendo relaciones. Él se mostraba empático y conectado con el encuentro. No deseaba que Dayana viera ese tipo de terapia que se ejecutaba. Las manos del convaleciente se mostraban diestras para acariciar su espalda y satisfacerla sin ningún problema. Al notar los pasos de Dayana, él llamó a viva voz para alertar que ya estaban en casa.

Lo interesante fue que Fedra no se exaltó ni dejó de hacer lo que hacía. Siguió la marcha a su ritmo como si no le preocupase que Dayana la viera. Glen, no supo qué hacer ante la situación. Se le ocurrió encubrirlo. Esa escena le daba la certeza de tener el permiso de hacer lo mismo sin que fuera a pasar líos mayores.

Los pasos de Dayana se acercaban por las escaleras. Glen llamó a Fedra, pero ella solo levantó la vista para sonreír mientras gozaba su orgasmo junto al de él. Era un logro más que se apuntaba sin importarle mucho ser vista. Deseaba demostrarle a Dayana que su matrimonio estaba recompuesto en esos términos y que estaría dispuesta a suplirla en lo que dejaba el idilio con Glen.

Glen le llamó la atención con furia. La insensibilidad de ella le espantó,

pero Amílcar levantó la mirada y sonrió al decir su nombre.

—Glen, vivo —fue lo que enunció con tono claro y renovado. Listo a cederle a Dayana a cambio de Fedra que gozaba de más paciencia para entender que era mucho más que un organismo vivo.

De alguna forma, Glen le pareció gracioso el incidente, pero se salía de su alcance manejarlo dado a que no estaba del todo seguro cómo Dayana iba a tomarlo. No tenía nada que juzgar. Él era el amante de su mujer y los derechos de uno empiezan en donde terminan los del otro.

Dayana entró a la sala y Glen le ayudó a acomodar las bolsas de compra. No pudo evitar sentirse raramente feliz ante lo que había visto. Podía ser aberrante para algunos, pero él lo encontraba precioso y hasta se le quitaron las culpas que aún le reinaban en la consciencia.

Entretuvo a Dayana para darle espacio a Fedra de vestirse y limpiar las evidencias en el cuerpo de Amílcar. No le dijo nada a Dayana. A partir de esa ocasión, fue testigo de otras terapias invasivas de Fedra. De alguna forma deseaba desbloquear su cerebro y no escatimó en entregarse a ello por encima de toda integridad.

Fedra habló con él en privado para conocer su punto de vista moral. Glen estaba anonadado con la iniciativa que tenía mucho de ser anti ética, pero los resultados eran tan impresionantes que no sabía cómo emitir juicios.

Dejó que hablara sin interrumpirla. Verla sobre Amílcar era una estampa excitante después de todo. No era nadie para cegarle los derechos a un hombre de recuperar su libertad sexual. Por más descabellado que sonase, los beneficios motores fueron a gran escala.

—Amílcar es un hombre después de todo —dijo avergonzada ante la forma que Glen mostraba reservas.

—Un hombre con esposa —respondió en tono bajo.

—No soy tonta Glen. ¿Creen que no sé eres el amante de Dayana?

Glen no la desmintió, el problema no era el sexo, sino la falta de ética profesional. La veía como una fetichista de menos válidos. A su juicio, era imposible que Amílcar en primera instancia tuviera la destreza de expresar sus deseos carnales, apenas podía auto consolarse. Era un ser desprotegido que no podía valerse por él mismo.

Ante las premisas de su presunta incapacidad, Fedra le pidió entrar al armario de incógnito para velar cómo se iniciaba el juego. Aprovecharon las diligencias que Dayana debía hacer en la ciudad.

En efecto, el incapacitado estaba en la tina recibiendo el baño y con las manos distendidas tocaba la nalga de su cuidadora para hacerla entrar con él. Ahora ya no le parecía un santo, sino un hombre de tretas para satisfacer sus deseos.

Tremendo descubrimiento científico había hecho Fedra. Con eso Glen confirmó que Amílcar muy probablemente inició el abuso sexual y Fedra solo lo consintió. Era un mundo desolado después de todo.

Lo importante era mantenerlo en secreto de Dayana. No tanto por Amílcar, sino para no mancillar la imagen de Fedra. La hazaña lo dejó perplejo. Ella no mostraba pudor delante de Glen, después de todo era un hombre de ciencia y debía ver en aquello algo de naturalidad.

Verla sobre él alimentando sus deseos fue algo desgarradoramente humano. El apego a Fedra tomaba sentido. Al menos no era abominable después de todo ni nada contra la ley.

Ya iban siendo íntimos amigos Amílcar y Glen. Dentro de toda su desgracia, era un tipo con suerte. La angustia le vino a Glen al imaginar a Dayana encima de esa erección y se le ocurrió pensar que alguna vez debió notar que esas zonas estaban en perfecto estado. Suponerla gozando esa fase, le fastidió y los celos empezaron a carcomerlo. Debía ganar valentía para entablar una conversación honesta con su amante solo para despejar las dudas.

Como doctor podía certificar la buena salud de incapacitado. Sus niveles de azúcar y colesterol certificaban un excelente manejo de la dieta. Ahora una nueva angustia se infiltraba en Glen. Esta vez, no era por creerse

un canalla, sino por tener que consentir que Dayana durmiera en brazos de esa indiscutible máquina sexual. Borrar la imagen de la cabeza del gesto de entrega total que Fedra tenía en su cara, era inútil. Esos mismos gestos de complacencia se los suponía a su amante y debía salir de toda duda sin poner a Fedra en problemas.

Al quedarse solo con Amílcar, ya no lo veía como un ángel sino como un demonio de pene erecto. Aprovechando que Fedra salió al mercado con Dayana, era pertinente preguntarle directamente.

—Ya sé que te calas a tu terapeuta. No sé qué es lo que te ve, pero te la ganaste y parece que le someten bien duro a ese tipo de terapia. ¿Tu esposa sabe que tienes ese departamento en buen estado? ¿Has tenido sexo con Dayana?

Amílcar notó el tono iracundo de Glen, lo miró con serenidad y pestañeó una vez lo que lo dejó destrozado por completo. El engaño de creerse único y exclusivo, le reventó la moral contra el suelo. Ahora la crueldad le ganó, y sin escrúpulos, le contó la verdad para que supiera que los dos estaban siendo engañados.

—Amigo, Dayana es mi amante desde hace meses. Dormí con ella porque pensé que no tenía nada contigo. A través de Fedra, me doy cuenta de que Dayana está con los dos a la vez y me siento apenado por tener que

decirte esto.

Amílcar rompió a llorar en silencio con lo que acababa de oír. Volteó la vista a un lado para reponerse y pronunció con todas sus fuerzas algo que le salió con dificultad.

—Daya mía —dijo lloriqueando.

Glen se acercó a la camilla para mirarlo con dolor.

—La vida te ha dado duro hombre. Verte así me ha hecho cambiar la perspectiva. No creas que fue fácil estar con Dayana, te ama de una forma inexplicable, si pudiera dar su propia salud a cambio de la tuya, te juro que la daría. No es justo, ustedes eran una pareja feliz con una vida excitante. En cambio, mi vida ha sido aburrida y mi primera relación en serio has sido con tu esposa. Ambos creímos que no podías comprender lo que pasaba a tu alrededor. Si no llega a ser por Fedra, nunca nos enteraríamos de que razonabas. No es mi experta la terapia ocupacional, tampoco tengo datos certeros de tu cuadro médico. No soy una canalla como para meterme en el matrimonio de nadie. Quiero dejar eso en claro amigo. Yo a usted lo respeto como persona que es y por encima de sus limitaciones. Ya te dije la verdad y espero que lo tuyo con Fedra vaya en serio. No sé si juega con tus emociones o es una lunática depredadora sexual. No le importó que los viera aquella tarde en donde los sorprendí —dijo Glen con todo de preocupación —¿Cómo

se supone que tengamos una vida normal si estamos maniatados en todo? Yo no voy a quitarte a tu esposa y mucho menos voy a dejarte desamparado. ¡Te lo juro hermano! Me siento tan víctima como tú. Dayana era la niña de mis sueños. Nunca hablaba con nadie y todos los residentes del este antiguo edificio pueden dar testimonio que era una antipática de primera categoría. Me sorprendió saber que se casó contigo. Sus padres la criaron en este mismo apartamento como un animal enjaulado. Debiste ser un gran hombre para ganarte su amor y hacerla dichosa y feliz, por varios años, si sumamos los de novio y matrimonio. A veces no sé cómo ayudarte. Me he sentido fatal de desear a tu mujer y me abstuve casi por un año antes de ponerle una mano encima. En parte, me alivia que Fedra te brinde sus cortesías más allá de la raya—, Glen se sentó en el borde de la cama para poder verlo de frente —. ¿Ella fue la que empezó?

Glen observó dos pestañeos y entendió que él fue el de la iniciativa. Una sonrisa se escapó del rostro de los dos y Amílcar elevó la mano para chocarla. El asombro de Glen le hizo olvidar su ira.

—Eres una inspiración para cualquiera. No sé si me vas a creer esto, pero en la vida he tenido tu suerte. Dos jervas preciosas se pelean por ti y no tienes si quiera que cagar fuera de tus pantalones —ambos rieron a carcajadas.

La sorpresa de ser cómplices los unió. Amílcar no podía juzgar en su

mente a Dayana, más bien le dio el consentimiento de seguir con su vida y no podía siquiera culparla el sentirse atraída por Glen. Al menos era un excelente tipo que no escatimó en asearle el trasero y salvarlo de morir deshidratado. La vida debía seguir de algún modo a pesar de que la gente piense que su tiempo histórico es inmutable. Respondemos al colectivo así nos aislemos. Glen le hubiese gustado vivir una época en donde se pudiera sobresalir sin que las malas ejecutorías políticas cerraran las puertas de la auto realización.

En cierta forma, todos los del piso 13 vivían en la incapacidad de solventarse solos. Ante la escasez de comida, tanto Fedra como él, cajearon sus conocimientos a cambio de un plato con granos y carne.

Las chicas llegaron al apartamento y actuaron como siempre. Fedra se acercó a la cama y Amílcar apretó su mano con prontitud. No era que Dayana le fuera indiferente, pero Fedra sabía hacerlo conectarse con el mundo. Anidarse a su mano era para darle el visto bueno a Dayana de estar con Glen sin sentido de culpas. Habría querido decirlo por sí mismo, pero era mejor enlazar su mano a la de ella para dejar el mensaje en claro.

Fedra no podía ser franca porque no sabía mucho sobre dar explicaciones a otros. Era un alma libre capaz de conectarse y no diría que su primer amor fue un hombre con perlesía cerebral. Su familia despreciaba su falta de sentido común. Era inconcebible para la gente común y corriente

entender su preferencia.

Dayana no se le ocurrió pensar que Fedra era la amante de su parapléjico. Glen solo debía lograr que su relación saliera de los campos de la culpa para lograr una mejor integración.

La lluvia hizo que las palomas se aglomerasen en el tejado. En el apartamento olía a chocolate caliente y pan recién horneado. Dayana y Fedra compartían los deberes con cordialidad. Mientras que Glen observaba cómo una persona que guarda secretos se conduce a la otra. Se distraía viéndolas coordinarse para dejar todo listo.

Uno de los logros, fue ver a Amílcar tomar su taza por sí mismo. Cada día un nuevo adelanto los sorprendía a todos. El incapacitado se sentía feliz de contar con una familia unida por primera vez en la vida. De por sí se dedicó muy en serio a ser la oveja negra de su casa desde muy temprano en la niñez.

La velocidad con que vivió su vida fue con la misma intensidad que corría motora. Hizo de todo en poco tiempo, y tales memorias, lo hacía poder repasar sus capítulos vividos al punto de que muchas veces se reía solo por las barbaridades que hizo en el pasado.

Le hacía bien ver los videos de sus saltos en motora. Era un gran acróbata, parte de lo que no se perdona de sí mismo. Al menos, la salud le

duró para llevar a Dayana a Europa y pasear por las aguas podridas de Venecia. Ese viaje los hizo desmentir las postales. Ante las anécdotas, Amílcar afirmaba con la cabeza y reía con la boca llena. Debía tenerse mucho cuidado con los temas que se llevaran a la mesa porque casi todo le daba gracia.

—Fedra, debes poner tu propio consultorio —dijo Glen con asertividad.

La chica tomó un trozo de pan en la mano y con los dedos iba destripándolo para darle a Amílcar por filtración. No escatimó en sacarle la enorme papilla que traía en la boca para evitarle el atragantamiento. Dayana tomó los cuidados tan posesivo de Fedra como una señal de alerta de que lo estaba cediendo sin hacer nada para evitarlo. Se levantó de mal humor y trató de disimularlo, pero Glen podía predecir que estaba pensando un proceso de desapego. El mismo Amílcar lo hizo adrede para que entendiera que las cosas entre ellos cambiaron.

Glen no le podía sugerir a Fedra abrir la boca para aclarar las cosas y reclamar su espacio. En cierta forma, la chica se sentía fatal con Dayana. Estaba suplantándola porque supo que necesitaba espacio para continuar adelante y ella si quiera se dio por enterada que Amílcar le robó el alma desde el primer momento. Salirse de sus vidas era arrancarle sus nuevas motivaciones. Ante el mal humor que le vio en la mesa, se le ocurrió pensar que no era tan intrépido como en su día lo fue su esposo.

La relación de ellos era adrenalina pura, pero Glen no sabía si quiera montar patineta. Una rara alucinación se le centró en la idea de no poder competir con la imagen del antiguo Amílcar. Decidió guardar los vídeos en una caja para que Dayana definiera sus emociones y le diera un lugar en su vida, ahora que había un consentimiento directo de parte de su marido. Glen quería salir con Dayana para poder compartir como pareja, pero estaba muy mortificada y distante.

—¿Quién soy yo para ti? —le preguntó en seco a Dayana y se le paró de frente —¡Quiero saber!

—Eres el vecino, ese es mi último recuerdo —dijo ella con sarcasmo.

—El vecino del frente te ama. ¿Qué va hacer con eso?

—¿Cuál es el punto? —dijo mientras daba un sorbo a la taza de chocolate restante en su taza.

—Me siento que celas a Fedra y es evidente que no tomas en cuenta mis emociones por ti y andas muy pendiente a ellos.

—Legalmente ese inútil que está en el cuarto trasero es el amor de mi vida. Es evidente que lo cele. No creas que me he hecho de la vista larga y estoy ajena a las cosas que pasan en esta casa.

—¿Qué es lo que pasa en esta casa? Yo solo veo que somos cuatro personas inútiles en vez de una. Hemos cumplido más allá de nuestras

obligaciones. El accidente que tuvo Amílcar nos llevó enredados a todos. Creo que al menos con hacer un acto de presencia cumplimos con el deber. ¿A caso querías tener a dos hombres a tu merced?

—Yo no planifiqué amar a dos hombres. La vida se me dio así y creo que he hecho lo imposible por cumplir con los dos.

—Ah, pero te pesa perder el control de uno de ellos. Todo está claro para mí, pero no para ti. El mensaje directo de Amílcar es que te despreocupes y sigas adelante. ¡Pero te empeñas en quedarte en la abnegación!

—¡Maldita sea tus celos! —dijo depositando la taza de mala manera en el fregadero.

—Maldita sea los tuyos. Me tienes a mí detrás de ti y todo lo que haces es posponerme.

Capítulo 5

Las semanas se centraron en una guerra fría entre las mujeres. Fedra no tenía a dónde ir y Glen no podía hacer nada para apaciguar las discusiones. Era irracional pasar a un segundo plano y estar en medio. Era mejor salirse del escenario. Eso hizo. Pasó varios días encerrado oyendo discusiones retumbar por el eco del pasillo. Sufrió mucho el desvincularse, pero encendió

el televisor, y las cintas de colores desaparecieron para activar la programación normal.

Al cabo de varias semanas, la puerta de su apartamento se abrió de par en par por el frente de un sillón de ruedas eléctrico. Amílcar era el piloto y retrocedía y volvía a pegar para abrirla a su paso. Glen quedó de una pieza al verlo; ya tenía el semblante orquestado con la sincronía de las manos y la sonrisa pareja como si la boca hubiese perdido la caída de aquella mueca que lo hacía lucir como idiota.

—Glen, vuelve. Mi casa es tu casa.

Al fondo Fedra sonreía con gesto de victoria.

—¿Dónde está Dayana? —fue lo primero que preguntó.

—Enferma, no come —dijo Fedra al fondo.

Sin pensarlo dos veces, dejó el acuartelamiento para cruzar el pasillo e ir a la habitación examinarla. Ella abrió los ojos sin fuerza y a él le estuvo extraño sentirle las manos tan frías. Se dispuso darle una ducha caliente. Pero la temperatura corporal no mejoraba, como es estuviese sufriendo de hipotermia. Glen optó por dejarla en la tina y le preguntó a Fedra qué pasó en detalles.

—Glen, Amílcar le pidió el divorcio a Dayana.

—¿Qué? ¿Doy la media vuelta y todo esto pasa? —miró a Amílcar con

el señorío de poder desplazarse por las esquinas con el trono de ruedas y no le pareció el mismo menos valido.

Volvía su cara a parecerse a la del tipo galante que gozaba de simpatía en los vídeos. La transformación le pareció radical. Ahora enunciaba oraciones completas, aferrado siempre de la mano de Fedra, que para nada lo culpaba, de creerla una representante divina en la tierra. Era hermosa, dedicada y sus técnicas para desbloquear cerebros era incuestionables.

—Yo me encargo de Dayana —Glen fue por ella para secarla y ponerle ropa limpia mientras caminaba cargándola por el corredor. Se acordó de cuando su padre la tomó en brazos dormida y la subió escalón por escalón. La depositó en el sofá hasta que se reclinó pensativa con una depresión que se le escapaba por los ojos.

—Glen, ya habla. Lo oí decirle a Fedra un Te amo, pensé que era mí, pero no, era a ella. No puedo enojarme, supongo que su evolución es nuestra evolución también. No contaba con sentirme así. Disculpa mi estado de ánimo, pero me he dedicado día y noche a él. ¿Es una pérdida de tiempo? Dime la verdad, ¿he perdido el tiempo?

Lo menos que iba a soportar Glen era darle un consejo de amor. Consolarla le resultaba un ejercicio imposible. Era una creída sin trataba de pedirle consejos de amigo. La acomodó en la cama y se acostó al lado de ella

para ver si su presencia la reconfortaba de algún modo. Se quedó en silencio, las hojas de los árboles y el vaivén del viento se me mecían las sombras en el reflejo de su cara. Hablaron en la oscuridad.

—A veces me arrepiento de haberlo conocido. Hice todo bien. Estudié en la universidad, amé y me casé en el orden que mi familia y la sociedad me inculcó. No logré nada cuando seguí las instrucciones de medio mundo. Ni siquiera me puede sumar al mundo, es mejor encerrarse en un apartamento a esperar que los días pasen. Antes de tocar a tu puerta. Amílcar era todo para mí.

—¡Todavía lo es! — afirmó Glen interrumpiéndola.

—No, él ya no quiere que lo sea. Es lo que me duele. Luché tanto para que Fedra lograra con él en un año, lo que no puede hacer en tres. Tengo que superarlo y eso haré, pero se ha atrevido a pedirme el divorcio como si en nuestro caso, yo pudiera desvincularme de mis extremidades. ¡Me siento fatal! No tengo formas de describirlo.

—¿Quieres que hable con él? —dijo tomándole las manos.

—No, para mí también es una novedad que tome decisiones, no voy a vetar la primera que toma en años. Le daré el divorcio sin problemas. Lo dejaré con Fedra y trataré de acostumbrarme a la libertad. Creo que hablo poco, porque son años no hablando nada. Dice Fedra que mi silencio le

atrofió el lenguaje y mi negligencia de no llevarlo a las terapias retrasó su proceso —Dayana llora desconsoladamente—, ella no entiende que me dejaron sola con él. Vino a mis brazos hecho un vegetal y no podía subirlo y bajarlo sola por las escaleras abajo para llevarlo a esas terapias.

—No te culpes de todo eso.

—Me reemplazaron. Sabes que muy a pesar de todo, yo solo accedí a amarte cuando él dijo: “vive” y eso hice. ¡No espero que me entiendas! Solo quiero olvidarme de este sentimiento de expropiación.

—Ese es el problema; él no es de tu propiedad.

—¡Dile eso a mi espalda y huesos! Antes de que entrarás a mi casa, yo era el todo de Amílcar. No había más deber que amarlo.

—Solo una mujer excepcional hace eso —Glen acaricia su rostro.

—Ya Amílcar encontró una mujer excepcional, se llama Fedra. No tiene reparos en treparse a él en la madrugada y disfrutar de su cuerpo sin tener pudor de mí que soy la esposa.

Glen no estaba seguro en acariciarla en medio de su proceso de desahogo. La oyó suspirar como si el aire fuera alfileres y le doliera. Ya no había forma de renovar su relación con Amílcar. Solo quedaba darle el lugar correcto a Glen quien no escatimó en hacerse a un lado para no interferir con sus conflictos de desvinculación.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó con temor.

—Nada... es lo mejor que hago.

Fedra y Amílcar estaban en el comedor, la meta era renovarle los modales.

—Agua —pedía con mayor precisión.

—Toma —se la entregaba y sus manos atiban a tomar el vaso sin derramarlo.

Fedra con tono suave, corregía su coordinación al darle instrucciones para cortar la carne y hasta para que encontrara el trayecto hacía la boca.

—Gracias Fedra —su voz sonaba grave en el contrabajo.

Era un alivio haberle corregido la rigidez en las manos. Una de las destrezas más difíciles de corregir fue la técnica de pinza. Hacer que su índice y pulgar pudieran coordinar los movimientos. Fedra no se cansaba de corregirle la postura y hacerle ejercicios.

—¿Quiero saber si vas en serio con eso del divorcio?

—Sí, ya fui suficiente carga para Dayana. Mi familia me dejó a un lado y sé que ella ha sacrificado años de su vida por mí. No es justo, tan poco puedo ser egoísta —su voz era medio engolada con tono robótico.

—Ni yo tampoco lo soy. Más bien va a creer que es mi culpa. Que

entré por esa puerta de agregada y salí como dueña.

—Nadie en esta casa quiso esto. Glen es un buen hombre —dijo con el semblante relajado ya sin movimientos involuntarios en el entrecejo.

—Tampoco debiste decirle que querías el divorcio como tus primeras palabras hacia ella.

—Si no soy hostil, la troncho. Es demasiado dedicada. Excelente candidata a ser víctima de alguien. Me preocupa su abnegación.

—A mí me preocupa el toque de crueldad que se perfila en todo esto. Amílcar, debiste ser menos tajante.

Lo analizó, los golpes en la cabeza hacen que no se puede guardar prudencia. Tampoco debía decirle a Fedra sus verdaderas emociones por Dayana. Había vivido tantas cosas juntos que su meta era desligarla de la mala suerte que supuso le traía. Ahora con su carrito eléctrico se sentía con el poder de rebuscar cada esquina sus pertenencias. Preguntó por sus colecciones de monedas, las fotos de Europa, su computadora personal que ya estaba tan obsoleta y qué era de la vida de su gato Alpha. Era un hermoso minino que vio nacer de una gatita callejera a la que bautizó como Rain que aparentemente murió ahogada en una tormenta.

A ninguna de esas preguntas podía responder, Dayana era quien sabía los detalles de cada cosa. Fedra solo era experta en coordinación motora y

sexo desenfrenado.

—¿Sabes cómo puedo suavizar las cosas con mi esposa? — se detuvo en medio de la sala para meditar su último recuerdo.

Dayana no estaba en la casa que compraron, sino en el apartamento de los padres. Se acordó que estaba allí para no pagar hipoteca. Muchas preguntas en su cabeza; pero solo quería ver las monedas de plata y saber si alguien le había escrito en My Spaces. Cuando dijo eso Fedra lanzó una carcajada.

—Hace años desapareció esa red social —Fedra caminó a él para ubicarlo en tiempo y espacio— Es importante que le pidas disculpas a Dayana. Ambos están confundidos. Ambos tienen parejas auxiliares. Sé exactamente cómo se siente Glen y cómo Dayana. Ahora, ¿quieres saber cómo me siento yo?

—Lo bueno de ser tú es que puedes cambiar de escenario y olvidarte de nosotros— se detuvo de dar vueltas y se acercó a Fedra —creo que siempre estaré en deuda contigo. Me sacaste de la muerte, me hiciste volver a participar de la vida.

—No sé qué hacer con Dayana. Me siento fatal por ella — Fedra observó el ojal de la puerta.

—Me llamó traidor por no decirle que entendía todo su discurso y que

me era importante sentirla dormir junto a mí en mi peor momento.

—A mí también me llamó traidora, tal vez tenga razón.

Doña Ana, odiaba escuchar su celular sonar. Más al ver un número desconocido. Levantó su ceja con extrañeza cuando escuchó la voz de Dayana a quien no sabía hace años. Dentro de todo, temía tener noticias de su hijo. Solo mandaba un donativo y se conforma con ver los cheques cambiados. Verlo sufrir era sentir un fuerte dolor en la matriz. Aun se acordaba de ese 14 de noviembre en que su hijo deja medio cráneo en el pavimento. Es día mondaba papas y al oír sobre el accidente no se percató que había dejado de cortar las papas para pensar seriamente en cortarse las venas.

Fue al hospital tapándose los oídos para no escuchar a nadie hablarle de la fe, los milagros y que Dios estaba en control. De por sí, la vieja estirada se imaginaba a Dios como tremendo inepto celestial disfrutando el joderle la vida a la gente. Se imaginaba a su hijo dirigidos por los hilos de Dios que salían de los carretes de sus tendones.

Carlos, su padre, lo miró en la camilla de trauma y al verlo irreconocible se sentó en silencio a prepararse para hacer un funeral por todo lo alto, iba a cederle su propia tumba. Le pesaba su nuera sin hijos. Amílcar

le tenía terror a la paternidad. En medio de un viaje de Dayana a visitar a su prima en Connecticut, fue a una clínica a soldarse los tubos seminíferos para no preñarla. No dijo nada por tal de evitarse el discurso de que los bebés son hermosos y que tener una sería espectacular.

Luego de la intervención, pasó como tres días poniéndose hielo en las pelotas con deseos de acabar con la humanidad. Le dolió como si le hubiesen hecho una cesárea. Estuvo delicadito y distante cuando llegó su esposa de viajes. Le tomó su tiempo sacarlos de la frigidez sexual que era tan sospechosa en él. Amílcar deseaba sexo al menos dos veces al día. Estaba escondido detrás de un proyecto por tal de eliminar las marcas de su candado en la fábrica.

Ella tuvo muchos embarazos psicológicos, y en cierta forma, Amílcar la miraba como un animal pasando por su proceso biológico de desear la reproducción por órdenes del cuerpo. Nunca le dijo nada sobre esas gestiones oficiales de escoger no ser padre de nadie. Ella quedaba embarazada en las ilusiones y tenía una considerable colección de pruebas de embarazo para jugar con las angustias y la emoción. Cada vez que le decía que le faltaba la regla, sentía la punzada en la incertidumbre, pero buscaba el recibo de la clínica y el número de licencia del doctor, y ase le quitaba la ansiedad. Luego se aprendió el número de licencia del galeno, y lo repetía de memoria cuando llegaban los meses de celo de Dayana.

La familia de Amílcar la apreciaba mucho, pero se disgustaron al verla luchar de tú a tú con la muerte. Las veces que su esposo se fue en paro, ella personalmente dio masaje cardiovascular para sacarlo de las garras a la muerte. Su valentía en la sala de trauma hizo admirar a los médicos. Se notaba que era una desertora de la escuela de medicina. Una de esos que abandonan las aulas porque no soportan las matemáticas. Fue ese conocimiento el responsable de posponer las terapias y dilatar la recuperación de sus movimientos motor fino para hacerlo ella misma a pesar de no tener la consistencia para lograr un resultado real. Empezaba a despertarle los músculos y entumecía los de ella por el esfuerzo.

Quedó verse con la vieja en un café a las afueras de la ciudad. Se decía todo tipo de cosas sobre la salubridad y la calidad del aire de esos perímetros. Doña Ana odiaba el accidente, la enfermedad e incapacidad tanto como a los bichos raros; así que no tomó riesgos.

Al verla acompañada de Glen, supuso que su hijo había fallecido y ya era hora de enterrar lo que quedaba de su mutilado cuerpo. Hablaba rápido con ánimo de adivinar todo antes que oírlo. Sus conclusiones eran descabelladas, pero divertidas.

—No doña Ana, Amílcar es otro— le aseguró Glen.

Era pertinente confirmar su presunta mejoría. La invitaron a la casa y fue cubriendo su boca con un bozal quirúrgico. Al llegar al edificio, la vieja no estaba segura si quería volver a ver a la oveja negra de la familia. Subió las escaleras con la certeza de que su hijo nunca había salido del apartamento que le dieron de alta por el accidente del 14 de noviembre.

Glen tocó la puerta y Fedra la abrió con interés.

—Bien, solo fue para entregarte a tu suegra nueva. Estamos en el departamento del al frente, no te suicides sin primero busca nuestra ayuda — le dijo al oído.

Al ver a su hijo recompuesto y alerta, inmediatamente lo parió de nuevo entre besuqueos y lágrimas. Amílcar se emocionó, pero no tuvo filtro en la lengua.

—Mami, Dios no te oyó —fue lo se le ocurrió decir porque le dijeron que ella oró aquel 14 de noviembre para que él muriese.

La vieja no pudo hablar de inmediato, esta fundida en un abrazo conciliador que lo mantuvo a su hijo cautivo por un tiempo considerable. Fedra estrechó la mano de la mujer para presentarse con sencillez. Sin embargo, Amílcar la presentó como la clave de su vida. Al saber que era la fisiatra, terapeuta y todos los títulos de lo que implicaba en su proceso de recuperación, se le ocurrió que alguna vez alguien le mencionó un nombre

parecido al de ella. Glen tuvo que suplicar a Dayana que preparara la cena porque en ese departamento Fedra era un cero a la izquierda. Se enfadó al sentirse obligada. Ya Amílcar había escogido quitarle su sitio. Era evidente que Fedra no gozaba de las destrezas culinarias de Dayana. Medio fastidiada. Se hizo cargo de la cena.

—En serio que verte hijo, es ver un milagro —dijo tomando su mano.

—Madre, espero te guste el asado de mi vecina —así dijo para referirse a Dayana.

Él mismo deshizo el cajón para que ella se llevara su ropa y durmiera con su amante. No tenía filtros a la hora de conversar. Su imprudencia era imparable y Dayana sintió deseos de retirarse de la mesa y no volver. Era claro que las cosas habían cambiado en su micro familia. Doña Ana se sumaba a bando de Glen y Fedra.

Se supone que sus adelantos crearan unidad entre ellos y solo fabricaron una nueva versión del infierno. Doña Ana no pudo evitar mirar con lástima a Dayana. El calvario que había vivido junto a él, le hacía respetarla por encima de los insultos de este. El grupo de apoyo era sólido, pero estaban pasando una crisis. Doña Ana fue advertida sobre los cambios dramáticos tras los golpes en la cabeza. Doña Ana tuvo paciencia con su hijo. Fedra bromeaba diciendo que tuviéramos paciencia con sus lóbulos frontales.

La vieja escudriñó todos los alrededores de la casa para saberlo seguro, y una vez confirmado, pernoctó en el sofá exhausta de sentir tanta alegría. Le preocupó la crisis matrimonial y la falta de cabales de Amílcar. Combinación perfecta del desastre. Fedra le buscó cobija. Se enteró de forma muy incómoda que su hijo y ella eran amantes. A su vez, dijo que Glen era el amante de Dayana y que los cuatro eran muy felices con los respectivos tarros. Fedra quería dejar las cosas en claro en la mente de la señora, pero se quedó dormida antes de poder enunciar defensa alguna.

Ver a Dayana en la casa, le acordaba a esa comezón insoportable que se apoderaba de su espalda cuando no podía pedir ningún auxilio. Amílcar le pidió de favor a Glen que se quedara con su esposa por un tiempo en lo que hacía los arreglos pertinentes para agilizar el divorcio.

—Puedes quedarte aquí— le dijo Glen con cautela de herirle más los sentimientos.

Dayana se tiró en el sofá y cruzó las piernas como indígena. Miró al techo y comenzó a sacarse el residuo de cilantro de las uñas.

—Me siento como un estorbo. Me permitiré olvidarme de esto cuando firme los papeles de divorcio. Quiero saber que al estampar mi firma allí recobraré las noches en vela y cada lágrima derramada.

Glen estaba mortificado con el mal agradecimiento de Amílcar. Era doloroso verlo despejar los espacios de las cosas de Dayana, para darle espacio a Fedra. Era desgarrador acobijarle el escalofrío. No había forma de celar eso, era un asunto humano y no de relaciones de pareja. Sin ningún motivo, ordenó a su madre poner un pestillo para que no pudieran entrar a la casa sin avisar.

—Me gustaría que me vieras a mí Dayana, estoy contigo en tu proceso. No te voy a dejar sola en ningún momento. Las costumbres son como los vicios, una vez las tienes, romperlas puede causar dolores abismales. —dijo abrazándola con fuerza.

Algo cambiaba en ella y en vez de tumbarse a lamentar su vida, vio a Glen como el mejor regalo del azar. La puerta cerrada le abrió un mundo nuevo, la fogosidad fue instantánea. Deseaba deshacerse de las emociones fallidas. Así se conjuraron sin la menor duda de que el pasado debía irse de una buena vez, y Glen era el destino nuevo de Dayana.

El alma de Dayana se volvió iracunda. Pasaba por el corredor con la misma actitud de silencio que de muchacha. El edificio fue ocupado por los dueños de los respectivos apartamentos, y algunos que otros, por los invasores. La sociedad se recuperaba de la fuga. Al fondo de los callejones, se oían los regateos de los precios y tetras de las personas para sobrevivir al mercado negro.

Glen consideraba saludable sacar a Dayana de la ciudad. En cualquier otro tipo de situación, los celos desmedidos hubieran acabado con su paciencia. Las vivencias no podían ser eliminadas de los pensamientos. Todo el mundo que Dayana conocía, se lo presentó el mismo Amílcar bajo la premonición de que el presente de aquél entonces era la seguridad absoluta de lo que él podía disfrutar de la vida solo en ese preciso momento.

El mismo Glen repasó sus memorias para saber si había disfrutado algo dedicarse de lleno a los libros. En la universidad, la velocidad de las exigencias irrumpió seriamente en su reflejo de joda. Se acordó de Desiré y en cuando le sirvió de conejillo de india para valientemente prestarle su brazo y una muestra de sangre. Los ojos de la chica se desorbitaron cuando la torpeza no le permitía dar con las venas. Hurgó en su brazo hasta que le saliera el ejercicio antes de que las maldiciones de su modelo le hicieran reprobar.

En ese preciso momento, se percató de que también tuvo alguien capaz de aguantar lo que sea por estar a su lado. Era cuestión de abrir los sentidos y ni bloquear las emociones. Racionalizaba que los caprichos hacían daño. Veía eso en la actitud de Dayana. Su presencia al lado de Amílcar no era fomentada por el amor, sino un récord secreto con la persistencia.

Antes del accidente de Amílcar, la vida era casi perfecta para la pareja. Nadie aprecia los momentos simples tantos como los que lo han perdido todo.

Al caminar por las aceras, se percató que nunca pensó que amaría a la vecina del frente. Fue absolutamente accidental sujetarse de la comodidad que brindaba el esfuerzo de recorrer el mismo pasillo que por décadas les sirvió a tres generaciones de su familia.

Su madre estuvo muy ocupada cuando él era un niño. Su abuela asumió la custodia de Glen porque su madre era una mujer de mecha corta que se la pasaba de malhumor todo el día a cuentas de tener a un niño brincando de lado a lado. En muchas ocasiones que compartieron ella, le dijo que no sabía cómo alguien tan inquieto habría salido de ella.

—Cuando te mueves tanto haces que tus órganos internos se batan y hasta puedes sacarlos de lugar —gritaba su madre en esos días para proliferarle las fobias y crear las bases de un hombre sedentario. Ya enterada de todos los chismes de su hijo, vio que ni de tarado deja de crear escándalos dignos de prensa amarillista. La madre de Amílcar sugirió que Fedra y Glen eran dos enviados de Lucifer para hacer que no lograsen la felicidad. Doña Ana estaba segura de que la muerte estaba muy enojada con Dayana y por eso la vida era una carga difícil. El día de la boda olvidó ponerse algo prestado, y por el desliz, la suerte se traspapeló, y lo de ella, sería sabotado como deuda de no seguir las tradiciones.

Capítulo 6

En uno de los paseos junto Glen, se toparon con Desiré Córdoba en un mercado. Tan pronto Dayana se percató de su presencia y la mirada de reconocimiento de Glen, le pareció que le esperaba otra piedra en el camino. Decidió adelantarse para darles espacio de ponerse al día con sus vidas. Ella estaba con su ajuar médico rebobinado en el cuello y esa sonrisa descomunal de alguien que verdaderamente está feliz del ver al otro.

Se hizo experta en odiar rivales con Fedra. Jamás se imaginó que alguien a quien le daba la mano fuera a mordérsela. Aún no se reponía de la traición sediciosa de verla en la madrugada jugando con la excitación de su esposo para treparlo. Soportar eso fue posible porque ella misma tuvo la oportunidad de dormir con otro hombre, el segundo que tuvo en la vida, y el cual deseó más de lo que alguna vez había deseado a su marido. Glen era novedad. Él pensó que era aburrido como una ostra por no tener el dinero ni la fuerza de cruzar montes para poseerla en las partes más románticas y remotas del mundo.

Glen vio la mirada triste de Dayana, no era el momento de que hiciera conjeturas de un saludo inocente con una ex compañera de universidad. La pobre estaba tan delicada emocionalmente. Él pudo leer en su gesto la película morbosa que le corría en la mente. Dayana se aisló a una esquina y pudo recrear su infancia de principio a final. De no haberla movido de esa esquina, se quedaría ahí mismo petrificada inculpándose con lágrimas en los

ojos de que era la persona más reemplazable e insignificante. El daño que le hizo Amílcar al auto concepto que tiene de sí misma, no era de fácil reparación. Fue al centro a empeñar el reloj de su padre para sacarla de ese ambiente. Con los fondos la sacaría de la ciudad para que se despejara un poco.

Doña Ana se quedó con su hijo para tratar de compensar algo del tiempo perdido. Las lealtades de la vieja estaban sujetas a los estados de ánimo de Amílcar. Fedra era la mimada y Dayana era la excluida. Fue al pequeño sótano que está a una esquina de la habitación. Husmeó por los baúles hasta dar con el traje de novia que se oxidaba al fondo del mismo. Ya la cintura no le podría encajar en la terminación del entalle. Recordaba lo preciosa que estaba el día de la boda, y que la familia la acogió con pena en el alma al saberla sola en el mundo.

Doña Ana encontraba curioso los desenlaces de la vida. Le hubiese gustado prevenir el 14 de noviembre, pero nadie imaginó la odisea. Al menos, su hijo verbalizaba y recuperó bastante la capacidad motora. Deseaba dar para atrás al tiempo para nunca haber pasado como madre el sin sabor de resignarse con respecto a la salud de su hijo. Fue tanto su nivel de estrés, que lo enterró en cabeza para no llorarlo al punto de desear morir.

Fedra bajó al sótano. Vio que doña Ana tenía el traje de novia en las manos y en muy mal estado. Odió saberse una criatura insignificante para la madre de Amílcar. Justificarse y no lucirle tan descarada fue su primer instinto. En menos de unas horas supo exactamente que estaba enviciada con su hijo. No respetó su presencia y en la madrugada la desveló con sus gemidos.

La miró con renuencia, ya sabía de sus hazañas heroicas de devolverle la movilidad. Lejanamente alguien mencionó su nombre como una de las mejores terapistas ocupacionales de la ciudad, las que quedaban vagabundeando a falta de empleo. Su preparación era envidiable. Se vio a la tarea de improvisar un discurso de agradecimiento que sirviera de apertura para tratarse como familia muy a pesar de considerarla una usurpadora.

La dinámica de los cuatro habitantes oficiales de la casa les pareció una aberración. No se atrevió a decirlo en primera instancia. La situación del país propició conductas desviadas en los habitantes. Las noticias reseñaron cambios bruscos en la conducta de la gente. No deseaba prejuzgarla.

—Gracias por tus atenciones con Amílcar —la miró de reojo.

—Es un gran hombre. Lamento mucho que las cosas sean tan confusas. Ha sido un proceso confuso para todos. Ni siquiera planificamos caer en tanto caos, pero al menos me satisface ver a su hijo lleno de vitalidad.

—Me imagino. No soy quien para criticar nada. Espero que, así como no te juzgo tampoco lo hagas conmigo.

—Cada uno tiene su personalidad y sus reacciones antes los eventos inesperados de la vida.

—Cualquiera puede pensar que soy mala madre. El dolor de verlo en una silla de ruedas es menos tormentoso que el de saberlo encamado. Es un milagro que ahora se desplace por la casa como alguien más funcional —dijo al asomarse y verlo corretear de lado a lado con la silla de ruedas eléctrica. ¿Crees lograr que camine al menos con muletas? —preguntó como quien exige un milagro mayor.

—No creo que sea tan fácil, pero a eso voy. Debió ser sometido a terapias intensivas desde el principio. Estar inmovilizado tanto tiempo hace que los músculos se duerman. Me conformo con que pueda tomar una cuchara por cuenta propia.

Al fondo de la cocina, se escuchó un estruendoso ruido de vajilla rota. Fedra y doña Ana corrieron a certificar su procedencia y allí vieron a Amílcar con la cara llena de torta de chocolate y varios platos hechos trizas. Sonrió como niño travieso, nadie podría regañarlo en su casa. Dayana no estaba para sufrir los destrozos de la porcelana que heredó de su abuela.

—Agradezco ayuda. No fue mi intención hacer tanto escándalo —dijo

mientras proseguía devorando la tajada sin escatimar en pasarle por encima a los trozos de porcelana aniquilados por la mala suerte.

Glen y Dayana se alojaron en un hotel. La idea de amarla le pasó por la mente, pero no quería obligarla expresar algo que no sentía hacer en ese momento. La carencia del personal les hizo esperar más de media hora por la entrega de una habitación.

Su meta era reconquistarla y servirle de recompensa. Poco a poco la notó de mejor humor y hasta creyó pertinente acentuarle el cambio de actitud. Subieron al cuarto y la distancia entre ambos era como si nunca hubiesen tenido intimidad. Se atrevió a ordenar una botella de vino para relajarla. Bebieron en silencio y se miraron a los ojos muchas veces.

Claro que la amaba y estaban al fin a solas y sin la presión de estar haciendo algo incorrecto. No tardó en halar sus piernas para acercarla a su cuerpo una vez posó la copa sobre la mesa de noche. Acarició sus muslos porque sabía que eso la encendía de pies a cabeza. Ella no se resistió y lo miró fijo para despertar su creatividad. Dayana sonrió ruborizada y lo dejó fluir sin prisas.

—¿Sabes qué quiero hacer? —preguntó mientras se deshizo de su camisa.

—¿Qué? —respondió con otra pregunta y cerró los ojos para caer en la desesperación que le propiciaba aquellas caricias nuevas que sintió sobre su piel y la llevó a la cima del incendio.

Tocó sus muslos hasta dejarlos abiertos de par en par, tocó su intimidad con delicadeza hasta enredarse en un candente juego amatorio que inundó la habitación de inhalaciones y exhalaciones profundas. Así se amaron toda la noche como dos adolescentes sin supervisión.

Fue una odisea bajar a Amílcar por las escaleras. Era el día de firmar el divorcio en el juzgado firmó con una letra distinta al hombre que se había casado con la mujer de sus sueños. Dayana tragó gordo al ver a lo que se enfrentaba. Jamás pensó que ese día pudiese ser posible. Deslizó su firma como si cada letra de su nombre y apellido fuera la ruta para convertirse en una perfecta desconocida para Amílcar.

Lo hizo y un mareo se apoderó de su paso. Glen la sostuvo. Le ofendía mucho verla en ese estado, pero soportarlo lo creyó un deber. Amílcar la miró de reojo y ella pudo ver su gesto de desagrado. Bajó la cabeza para superar sus increíbles deseos de llorar. Más por el tiempo perdido, que por el amor verdadero que alguna vez le juró.

Allí su sucesora les dio una sonrisa frívola a ambos. Ahora Amílcar era

solo de ella y así lo hizo saber al dirigirse a su hombre con epítetos de dulzura. Bajaron por el ascensor y Dayana lo miró a los ojos para darle las gracias a Glen por estar con ella en ese proceso tan doloroso. Un repentino odio hacia Amílcar y su nueva independencia se le prendió en el alma.

Dentro de su cabeza un deseo espantoso la hizo mirar la calle y ver en cámara lenta el auto golpearlos a ambos hasta hacerlos volar por el aire. Se quedó paralizada y solo atinó a apretarle la mano a Glen quien se quedó petrificado ante el accidente. Las personas hicieron un círculo alrededor de los cuerpos.

El conductor del vehículo pegó un grito demencial al verlos en el suelo.

—¡No los vi cruzar! Lo juro —dijo el joven mirando a ambos lados para que alguien le dijera qué hacer frente a esa desgracia.

Glen corrió hasta ellos, les tomó el pulso y maldijo la mala suerte de Amílcar. Las ambulancias llegaron para traficar a los accidentados, una a la morgue y el otro a la unidad de trauma.

—Dayana, ¡Dayana! —Glen le dio par de palmadas al rostro para hacerla entrar en razón frente al trance.

—Estoy bien— dijo mientras Amílcar y Fedra se alejaban a paso lento. Se recompuso de la fantasía y lamentó que no fuese cierta. Le tocaba vivir libre y no sabía cómo desatarse de la codependencia que le provocó ser esclava de su primer amor. Ese instante se supo egoísta por preferir verlo inútil que lejos de sus atenciones.

—Me gustaría que dejaras de arrinconarte por las esquinas. Me imagino que sigues en tus pensamientos tormentosos, pensando en el mal agradecido de tu ex. Me estás desperdiciando al tenerme al margen todo el tiempo Dayana. Yo me siento como un idiota detrás de ti. No puedo hacer nada para que cortes esos lazos y me abrumas— dijo exigiéndole movilidad.

—¿Qué sabes tú de lo que traigo en la cabeza? —preguntó estrujándose la cara con las manos.

—Deberías retomar tu carrera de medicinas. Cuentas con mi apoyo y con lo poco que te falta para completar el grado podríamos pensar seriamente en tener oficina —dijo Glen con entusiasmo.

Dayana se puso en pie y lo miro de arriba abajo como si no fuera valioso tenerlo cerca. Gesto que le causó una profunda decepción.

—Dayana, tú no estás lista para mí. Puedo sentir tu frialdad y me rindo —dijo tomando su abrigo rumbo a la calle. Lo vio partir sin si quiera moverse de la silla.

Glen, harto de sus melancolías, se dispuso a ir a un café. El primer rostro que vio al fondo fue el de Desiré Córdoba. No tardó en encontrar su mirada y levantar el mentón para darle una sonrisa desgarradora. Ese momento entendió que era justo lo que necesitaba. Alguien sin arrastres

emocionales para convidar a un café. Así lo hizo y le impresionó lo mucho que tenía en común con ella y lo amena que corría la conversación.

—¿Estás viviendo la vida que soñaste? —preguntó Glen con ecuanimidad.

—La verdad no. Nadie la vive con el tiempo se aprende a no exigirle nada a las expectativas y solo centrarse en el día a día —reflexionó mientras movía la cucharilla en la taza.

—¿Cómo está tu novia? —preguntó con disimulo para saber el estatus de su relación con la mujer de la mirada triste.

Glen tardó en contestar. No sabía qué significaba Dayana en ese momento, solo estaba convencido de que estaba harto de soportar su distancia. Ya se le acababa la paciencia de esperar a que se le desocuparan los sentimientos. Sentía envidia de ese amor callado que la esclavizaba a no poder profundizar en una relación nueva.

Correr el riesgo de ser otra pérdida de tiempo en su vida, le atormentó de repente. La negó delante de Desiré.

—Ella es solo una amiga. Una amiga íntima de la infancia. Una niña que de por sí creció triste.

—¿Desde cuándo ejerces la psicología? —preguntó en tono juguetón.

Esa pregunta lo hizo pensar en las injusticias que cometía contra sí

mismo. Defenderse de una estocada futura le pareció pertinente.

—Parece que soy pésimo consejero. Nunca me pidas consejos porque puedo llevarte a la ruina.

Ambos lanzaron carcajadas y se miraron a los ojos sin querer. Glen supo que no le debía lealtad a Dayana. Era inútil perseverar en significarle algo y tomaba como moraleja el tiempo que ella había perdido junto a Amílcar. Una rara batalla moral se desató en su cabeza en ese momento. Le importaba poco continuar con la distancia porque no era el momento de reemplazar emociones para ella. Decidió no buscarla en ese mismo momento. Acuartelarse de sus privaciones era lo más sano. Igual podía dejarla vivir en su apartamento y verla como hermana. Algo así se perfilaba en los distanciamientos. Desiré lo sacó de su meditación para saber si estaba bien del todo.

—Claro, que estoy bien. Hace tiempo que no charlábamos a profundidad. Deberíamos repetirlo pronto. Tal vez cenar juntos —le dijo para hacerle claro que era un hombre libre. La misericordia se aleja de su ética. Lo propio era salir del laberinto emocional en donde se enjauló desde que entró en la vida de los vecinos para olvidarse de la propia.

Quedó con Desiré a las ocho del viernes. Al llegar a su departamento, Dayana había cocinado el almuerzo para encerrarse en la biblioteca. No quiso

tocarle la puerta para volver a verla desganada. Lo mejor era abandonar la posibilidad de ganar algo más allá del sexo esporádico que los unía. Más cuando al despertarse ella estaba en el ojal de la puerta espiando el pasillo para saber algo de la vida de Amílcar. Jamás imagino alguien tan patético y decidió dejarla sola con sus dramas.

—Voy a salir —dijo con el tono ahuecado.

Dayana arrugó el ceño con extrañeza. Se limitó a hacer preguntas y volvió a la cocina para preparase un café.

—Deberías buscar empleo Dayana. Necesitas pensar en otras cosas y rescatar tus propias metas.

Lo analizó en silencio. La distancia entre ellos se hizo abismal. Él hizo un cerco emocional para evitar salir lastimado por el repentino rechazo diario que le propició su compañera.

—¿Vas a salir con Desiré? —preguntó acertadamente dejándole al descubierto.

Glen dudó si debía ser honesto con ella y decirle de una vez lo que le fastidiaba de vivir en un eterno estado de expectación. Guardó silencio para no ser imprudente. Le hubiese gustado admitirlo, pero dado a las depresiones que ventilaba las veinticuatro horas del día, prefirió mentir.

—No, solo iré con unas amistades de la universidad. Te invitaría, pero

nunca has sido sociable y sacarte puede resultarte tortuoso.

—Vas a salir con Desiré, di lo que quieras, pero sé que la verás y por mí está bien. No tenemos nada después de todo —alegó con dejadez.

—¡Maldita sea Dayana! ¿Qué carajos quieres de mí? No puedo vivir encerrado, me toca rescatar mi vida y tú deberías hacer lo mismo. No puedes estar día y noche pegada al ojal. No es sano quedarse en el pasado ni que me arrastres a mí a ese abismo. Soy un hombre libre con derechos a tener una vida normal. Afortunadamente, las cosas en la ciudad parecen volver a la normalidad. Quiero salir, respirar aire fresco y no resignarme al enclaustramiento.

Con la mirada frívola, Dayana admitió ser una mujer sin norte. Le dio la libertad de hacer lo que quiera. Nada de sus argumentos lo conformaban. Era hora de buscar ayuda emocional para ella. Su actitud de enclaustramiento la sentenciaba a la autodestrucción de algún modo.

En la velada con Desiré, Glen se sintió como un traidor de pacotillas. Miró el reloj mil veces. Estuvo inquieto y poco conversador. Su cita degustaba el platillo con delicadeza y se sintió muy incómoda con la desconexión que se suscitó en la mesa. Solo quería sanar el alma de Dayana por encima de todo, hasta de sí mismo.

Vio que eran las diez de la noche y condujo a Desiré a su casa para dirigirse al apartamento. Al abrir la puerta, Dayana estaba desnuda en la butaca esperándolo y al verlo le cayó encima hecha una fiera. Lo besó como si quisiera tragárselo. Él le correspondió con el mismo fuego, la amaba, la amaba así no el cupieran las dudas de que estaba desequilibrada y fuera de sí.

—No quiero estar con nadie más que no seas tú —dijo Glen abrazándola con todas sus fuerzas dispuesto a perseverar el amor que sentía por ella.

—Sé que fuiste con Desiré y no me importa. Es culpa mía, pero no dudes de mi amor, solo necesito tiempo para ajustarme a ti. Me has tenido paciencia, me has dado atención y estado conmigo en mis peores momentos. ¡No pienso dejarte escapar!

Una de las sorpresas más grande para ambos fue ver a Amílcar de pie dado pequeños pasos por el pasillo. Ambos lo amaban sin reserva y concluyeron que no era posible cerrarles las puertas de su casa.

—¡Hermano, verte de pie es un orgullo! —dijo Glen aceptando su abrazo en el último paso que dio hasta él.

Amílcar miró a Dayana con ternura y se soltó de los brazos de Glen para caer en los de ella.

—Solo caminé a tu puerta para pedirte perdón. Fui un canalla contigo.
Fedra me trae loco acordármelo.

Dayana lo abrazó con todas sus fuerzas.

—Te perdono. Al despertar volvió el mismo malcriado de siempre a la vida.

—Sé que va a sonar enfermizo, pero Fedra y yo los extrañamos a rabiar. Tenemos un sentimiento de no tener las tartas de chocolate los domingos. Renegar de ustedes es un acto de ingratitud violento de mi parte. Yo solo estoy avergonzado de darte años difíciles y solo quise darte espacio para la normalidad.

Dayana lo escoltó nuevamente a su silla con mirada alucinada.

—Es lo más grato que has dicho.

—Glen, el amor entre Dayana y yo no es el de hombre y mujer. Sino el de torso y extremidad. Quiero a mi familia de vuelta. Olvidemos los protocolos de afuera, nosotros somos cuatro en uno. Odio el vacío que sentimos.

Fedra abrazó a Dayana con los ojos aguados.

—Cierto, somos retrasados mentales. No toleramos el divorcio. Aquí no hay divorcio posible —Fedra besó la frente de Dayana.

En efecto, todo mejoró cuando las puertas se abrieron de par en par y volvieron a la rutina de una sola casa para ambos. Los vecinos de la planta baja comentaban que la escasez hace que la gente se solidarice a tal modo que no hay evento que los desuna.

Fue la sorpresiva noche de septiembre 9 cuando el edificio sintió los estruendos del terremoto. Glen tomó a Dayana al hombro para correr escalera abajo. Era imposible mantenerse en pie con las sacudidas del suelo. Todo el edificio se retorció mientras la gente orquestaba los gritos en la madrugada.

—Glen, ¡Amílcar y Fedra! —se soltó de sus brazos para correr a la calle a tropezones. Los cinco minutos de horror se dibujaron en sus caras.

El edificio fue cayendo en trozos y los gritos de Fedra se centraron en no poder con el peso de Amílcar.

—¡Glen! Auxilio...

Dayana fue impregnada con la lluvia de concreto que le venía encima. Nunca se enfrentó a la muerte de ese modo. El mundo se le fue en negro.

Todo el mundo planifica su vida y lucha para hacer de ellas cosas productivas. Lo cierto es que nadie puede ser feliz sin la ayuda de los otros. Los rescatistas buscaban sobrevivientes entre los escombros. Los muertos

llenaron las camionetas de los militares. En esos precisos momentos muchos repasaban las vivencias de sus aventuras mientras la muerte se los llevaba rumbo a sus respectivas memorias.

Amílcar estaba en el tope de una pirámide mirando el paisaje. Allí corría junto a Fedra. Libre mientras en la vida real una gota de sangre se mezclaba con sus lágrimas. Estaba bien llorar bajo los cimientos. Estaba aguantando la mano Fedra quien no podía cerrar los ojos, para escucharlo con atención cada sílaba que decía.

—Vivir es una actitud —no podía sentir las piernas ni alzar la voz.

—No te muevas mucho —fue la respuesta de ella. Mientras la luz del amanecer se veía sobre sus cabezas —yo también he sido feliz.

—Nunca debimos dejarnos de ellos. Solo espero volverlos a ver. Glen es mi hermano Fedra. ¿Soy raro por amar a mi ex y a su novio?

—Yo también los amo. Si fuera legal casarnos entre nosotros y volver a acostar las cabezas en los muslos de ellos los domingos. Somos gente rara a lo mejor —dijo Fedra con la voz cansada.

—Si los volvemos a ver con vida, nada va a impedirnos estar con ellos siempre.

—Sí amor, ellos son más nuestros que cualquier otra pertenencia — Fedra acaricia su rostro lleno de sangre.

—¡Dayana! —gritó Amílcar con todas sus fuerzas.

Al otro extremo de la ciudad un horizonte gris dejaba ver los destrozos. La cifra de muertos era incalculable. Entre los escombros rescataron los cuerpos de las víctimas. Piedra a piedra fueron escudriñados los edificios en el suelo.

Dayana y Glen estaban al pie del edificio en espera de noticias. Se miraban perplejos ante tanta destrucción.

—¿Por qué existe la desgracia? ¿A qué se debe? —Dayana se aferró a Glen ante la incertidumbre de los días que iban transcurriendo sin noticias de ellos.

La primera vez que Amílcar vio a Dayana tembló la tierra y las palomas salieron volando a su paso. La primera vez que Dayana vio a Glen se escondió de sus ojos. La metáfora reinaba entre ellos. Dos amores tan distintos consagraron sus días a la entrega total.

Amar a dos hombres no era la norma en aquellos tiempos. Al sacar a Amílcar de los escombros con vida atados a Fedra fue la confirmación de que debían estar juntos siempre. Otra vez el milagro de escapar de la muerte se sumaba a la lista de logros de su ex esposo. Quien se abrazó a Dayana en la camilla de los paramédicos.

—Te amo Dayana. Te amo burda como nunca. Amo a tu novio con toda mi alma. Me gusta mi amor de imbécil. Prefiero morir antes de vivir sin ustedes.

Dayana corrió a Fedra para fundirse en un abrazo colosal.

Cap 7

—Cada uno es feliz como le dé la gana —repuso doña Ana al entrar a la casa de su hijo y verlos en la cama dormidos unos encima de los otros.

No era para menos la hermandad de esas cuatro almas unidas por causas humanas. Años limpiándole el culo a su hijo les dio una codependencia frenética de aceptarse como inseparables. Nada más romántico que eso ante los ojos de la vieja. Citar la normalidad en esa casa era irrumpir en una subcultura.

Dayana se arrinconó en los brazos de Amílcar y allí se estacionó al su torso, Glen dormía apretado a su cintura mientras al otro costado Fedra, se enlazaba a su hijo. Se le ocurrió sacar una foto a la escena. Fue la misma que le regalara en Navidad para adornar la casa que rentaron.

Salió en puntillas para no despertar a nadie.

Desiré llamó por teléfono a para saber de Glen. Era extraño no saber nada luego del terremoto. Abrió los ojos para corroborar la procedencia de la llamada. Al saber que era ella. La realidad volvió a su cabeza y supo que en

algún momento debería citar la normalidad en su vida.

—Hola —repuso con la voz aun dormida.

—Me alegro de que estés bien. No saber de ti me tenía inquieta.

—Pasamos un gran susto, perdimos la casa y a penas ahora estamos reiniciando la vida.

—¿Estamos? Pensé que vivías solo.

—No. Realmente vivo con tres personas más. Mis vecinos del frente son como mi familia y alquilamos un piso juntos para abaratar los costos.

A medida que Glen iba explicando su vida, comprendió que no tenía ningún control sobre las variables. Estaba ante un cuadro complejo. Nada era lo que se supone y no sabía cómo proseguir en la vida real con la presunta normalidad.

Dayana abrió los ojos y dedujo que se trataba de Desiré y la insistencia de ella le irritó. El cielo se aglomeró en su semblante instantáneamente. Era pertinente aclarar su posición en la vida de Glen. No había a su juicio un lugar mejor en el mundo que la comuna accidental que tenía. Una persona externa no iba a comprender de qué trataba, pero estar así era un aliciente perfecto y no deseaba obstáculos en el camino.

—¿Glen? —alzo la vista y se arrimó a su cuello para ganar su atención.

—Te llamo luego —dijo a Desiré y colgó la llamada.

—¿Qué vamos a hacer con nosotros? —fue su pregunta directa.

Glen se salió de la cama para mirar con ternura los regueros de piernas que había allí. La felicidad era absoluta y no cabía nada más en esa familia emergente que armaron.

—No lo sé. Digamos que nadie tiene idea de nada. Somos como los hippies.

Amílcar abrió los ojos y pidió comida. Todos se levantaron con diligencia para darle su baño, ponerle ropa limpia y llevarlo a la terraza a alimentar a sus palomas.

—Esto es lo que somos— dijo Fedra con certeza.

—Sí, somos codependientes de Amílcar —dijo Glen sacando los instrumentos para tomarle la presión arterial.

Dayana observó sobre la mesa la pensión de la madre Amílcar y los bocadillos que dejó en un envase.

Un fenómeno de histrionismos los conformó a prevalecer en la rutina de cuidar a Amílcar. Los logros de verlo de pie en muletas y ganar independencia poco a poco eran razones de celebraciones diarias. Nadie podía desertar de la comuna. El pacto estaba sellado en permanecer junto a él por tiempo indefinido. Obedecerlo y complacerlo era la gestión de todos.

Hasta nuevo aviso así serían las cosas. Fue bueno para Dayana volver a su zona de confort. Su preocupación era perder a Glen con la amenaza de la tal Desiré. Demasiadas llamadas telefónicas como para no verla como rival.

Más cuando se atrevió a aparecerse una tarde por el balcón a procurar a Glen sin ningún pudor. Dayana salió a su encuentro para preguntarle en qué le podía ayudar.

Ella vio el candado abierto y entró sin pedir permiso para hablar con él un poco. Traía noticias de una plaza vacante en el Hospital. Glen se asomó y la saludó efusivo por la sorpresa. El sin sabor era evidente en el rostro de Dayana quien se retiró sin previo aviso.

—¿Esa es tu antigua vecina? —preguntó al verla de cerca.

—Sí, ella es Dayana. Ya la habías visto antes el día que nos vimos.

—Lamento lo del edificio. Fueron afortunados en salir con vida de esos escombros.

—La muerte indiscutiblemente no nos quiere —repuso al notar el malestar en la atmósfera.

Desiré le informó sobre la oportunidad de empleo y Glen estuvo agradecido por la información. Pudo ver el brillo en sus ojos al hablar con él. La curiosidad la mataba y no había forma de explicar la dinámica del entorno. Solo deseaba despedirla y se le ocurrió invitarla a tomar un café en la

panadería de la esquina.

Allí tropezó con su mirada muchas veces y que había despertado en ella el interés de seguir frecuentándole a pesar de su rara actitud de la última vez. Glen estaba dividido en dos vertientes. No era sano quedarse en el círculo de su comuna y tampoco tener una relación tan inusual con Dayana.

Admitir que estaba enamorado de ella, era enterrarse para siempre al desfase que ponía en riesgo la oportunidad de tener una vida sensata alguna vez. Aquello de ninguna manera podía ser una vida permanente para vivir. Lo aceptaba porque Amílcar no podía valerse por sí mismo y era demasiado trabajo para Fedra. A su vez, estar a solo con Dayana era un reto. Su alma estaba pegada a su ex y los lazos que los unían no era posible deshacerlo.

Acepto ir con ella el sábado a tomar unos tragos. El sábado, así lo hicieron y no se acordó cómo saltaron de una copa a otra y otra. Al abrir los ojos estaba en su departamento y luego encima de su cuerpo sin siquiera poder pausa a las consecuencias que eso traería. Salió de allí en la madrugada preocupado por su desliz. Llegó a la casa para encontrarse a Dayana desvelada en el sillón con evidentes rastros de que había llorado mucho.

Fue mortal encontrársela de eso modo. Se sentía atrapado y lleno de culpas por haber dormido con Desiré. Olfateó la infidelidad, y sin poder negarlo, cayó en el sofá sin saber cómo enfrentarla.

—Estoy confundido con todo esto —confesó al sentirse acorralado.

—Yo también. Tienes que admitir que no somos personas ordinarias, tenemos compromisos con esta familia y pensé que me amabas a mí.

—¿Cómo se supone que aguantemos esta estructura por tanto tiempo? Ya llevamos dos años en este tajo y no encuentro oxígeno. Quisiera que así fuese, pero es complejo y no sé si es sano. Aún insistes en dormir con Amílcar y tratarlo como a tu marido. En esa ecuación no quepo.

—¡Claro que cabes! Amílcar no va a vivir por mucho tiempo y solo quiero que no le falte nada. Yo siempre he sido su todo, y pesar de ser su ex esposa, no es el típico caso de poder voltear la espalda y seguir andando.

—¿Entonces debo tolerar que duermas con él? No siento celos de eso, pero necesito definición o libertades. Nunca te interrumpo, ni Fedra tampoco te interrumpe. Ambos nos quedamos en la sala mientras ustedes retoman la relación con el mismo amor que dos novios lo hacen. Hemos permitido romper los límites para darle a él todo lo grato de la vida.

—Te lo agradezco. Por eso te amo, te amo porque entiendes muy bien de qué trata. Fedra no interrumpe porque sabe que es una agregada que se coló en nuestra vida. Así como lo hicieras tú —se acercó a él para besarlo.

—No me voy a quejar. Puedo oírlos tener relaciones y no los detendré.

—Gracias. Si dormiste con ella, tampoco te voy a culpar. Es tu vida

privada siempre que te protejas y nos protejas a todos.

—Ahora que ya sabemos nuestro lugar, dime si en ese lugar tengo suficiente espacio para ganarme tu atención completa alguna vez.

—Todo el que quieras. Ya has sido espectador de ambas y sabes que es por amor puro. Amor que no acaba, amor que tenemos que aprovechar hasta que dure.

Glen bajó la cabeza para soportar la propuesta sin sentir celos reales. Mantuvo la compostura con el semblante en control de sus gestos.

Al fondo, la voz de Amílcar llamaba. Glen fue a servirle con la sonrisa en los labios. Estaba sentado en la cama con su sonrisa de siempre.

—¿Hoy habrá gelatina verdad?

—Hablaemos con nuestras mujeres a ver quién se digna —dijo Glen verificando su hemoglobina.

La tos se apoderó del espacio. Un solo pulmón en función de todo su cuerpo le hacía no tolerar demasiado el polvo y empeoró al inhalar el concreto molido de los escombros.

En efecto, ese hombre era un robo de la muerte y el diagnóstico no le daban muchas expectativas. Su madre desapareció del panorama una vez supo de su proceso degenerativo. Era cuestión de unos meses y toda su vida se esfumaría. Glen había pensado en ese momento muchas veces. Al observar

su deterioro, se atrevía a predecir que era cuestión de dos a tres meses.

Fedra no se encontraba conforme con el informe médico y se ruborizaba al pensar que estaba lejos de perderlo. Las mujeres dejaron de discutir por él tan pronto supieron la delicada situación de su salud. Le daban amor y placer sin pensar en nada más que no fuera colmarlo de dicha.

Por más diagnóstico, su virilidad era inaudita. Tanto que era extenuante oírlos gemir a distintas horas y acostumbrarse a eso y a presenciarlo con total naturalidad.

La tos le carcomía la voz en forma lenta y paulatina.

Fue un 25 de junio la primera vez que Glen notó la exaltación de las mujeres en la habitación. Yo no iban de una en una. Ahora estaban a la vez mientras él se sentaba a leer el periódico en el sofá. Desiré apareció en el balcón ese día y no sabía cómo salir del inconveniente. No le gustaba para nada las iniciativas de ella. Esa mala costumbre de no cerrar el portón le trajo por consecuencia tenerla de frente a mitad de los gemidos. Entró y se sentó junto a mí sin poder entender el concierto en la habitación continua.

—¿Qué rayo es eso? —dijo sin salir del asombro.

—La vida privada de mi paciente. No me meto en esos asuntos —dijo ojeando el diario con despreocupación.

Desiré se levantó del sofá con espanto y se dirigió a la salida. Glen fue tras ella con la mudez a cuestas.

—Aquí son libre de hacer lo que quieran. No hay espacio para explicaciones. ¿Me entiendes?

—Sí, claro que lo entiendo —dijo abriendo el portón para perderse por la acera.

Cap 7

—Cada uno es feliz como le dé la gana —repuso doña Ana al entrar a la casa de su hijo y verlos en la cama dormidos unos encima de los otros.

No era para menos la hermandad de esas cuatro almas unidas por causas humanas. Años limpiándole el culo a su hijo les dio una codependencia frenética de aceptarse como inseparables. Nada más romántico que eso ante los ojos de la vieja. Citar la normalidad en esa casa era irrumpir en una subcultura.

Dayana se arrinconó en los brazos de Amílcar y allí se estacionó al su torso, Glen dormía apretado a su cintura mientras al otro costado Fedra, se enlazaba a su hijo. Se le ocurrió sacar una foto a la escena. Fue la misma que le regalara en Navidad para adornar la casa que rentaron.

Salió en puntillas para no despertar a nadie.

Desiré llamó por teléfono a para saber de Glen. Era extraño no saber nada luego del terremoto. Abrió los ojos para corroborar la procedencia de la llamada. Al saber que era ella. La realidad volvió a su cabeza y supo que en algún momento debería citar la normalidad en su vida.

—Hola —repuso son la voz aun dormida.

—Me alegro de que estés bien. No saber de ti me tenía inquieta.

—Pasamos un gran susto, perdimos la casa y a penas ahora estamos reiniciando la vida.

—¿Estamos? Pensé que vivías solo.

—No. Realmente vivo con tres personas más. Mis vecinos del frente son como mi familia y alquilamos un piso juntos para abaratar los costos.

A medida que Glen iba explicando su vida, comprendió que no tenía ningún control sobre las variables. Estaba ante un cuadro complejo. Nada era lo que se supone y no sabía cómo proseguir en la vida real con la presunta normalidad.

Dayana abrió los ojos y dedujo que se trataba de Desiré y la insistencia de ella le irritó. El cielo se aglomeró en su semblante instantáneamente. Era pertinente aclarar su posición en la vida de Glen. No había a su juicio un lugar mejor en el mundo que la comuna accidental que tenía. Una persona

externa no iba a comprender de qué trataba, pero estar así era un aliciente perfecto y no deseaba obstáculos en el camino.

—¿Glen? —alzo la vista y se arrimó a su cuello para ganar su atención.

—Te llamo luego —dijo a Desiré y colgó la llamada.

—¿Qué vamos a hacer con nosotros? —fue su pregunta directa.

Glen se salió de la cama para mirar con ternura los regueros de piernas que había allí. La felicidad era absoluta y no cabía nada más en esa familia emergente que armaron.

—No lo sé. Digamos que nadie tiene idea de nada. Somos como los hippies.

Amílcar abrió los ojos y pidió comida. Todos se levantaron con diligencia para darle su baño, ponerle ropa limpia y llevarlo a la terraza a alimentar a sus palomas.

—Esto es lo que somos— dijo Fedra con certeza.

—Sí, somos codependientes de Amílcar —dijo Glen sacando los instrumentos para tomarle la presión arterial.

Dayana observó sobre la mesa la pensión de la madre Amílcar y los bocadillos que dejó en un envase.

Un fenómeno de histrionismos los conformó a prevalecer en la rutina

de cuidar a Amílcar. Los logros de verlo de pie en muletas y ganar independencia poco a poco eran razones de celebraciones diarias. Nadie podía desertar de la comuna. El pacto estaba sellado en permanecer junto a él por tiempo indefinido. Obedecerlo y complacerlo era la gestión de todos.

Hasta nuevo aviso así serían las cosas. Fue bueno para Dayana volver a su zona de confort. Su preocupación era perder a Glen con la amenaza de la tal Desiré. Demasiadas llamadas telefónicas como para no verla como rival.

Más cuando se atrevió a aparecerse una tarde por el balcón a procurar a Glen sin ningún pudor. Dayana salió a su encuentro para preguntarle en qué le podía ayudar.

Ella vio el candado abierto y entró sin pedir permiso para hablar con él un poco. Traía noticias de una plaza vacante en el Hospital. Glen se asomó y la saludó efusivo por la sorpresa. El sin sabor era evidente en el rostro de Dayana quien se retiró sin previo aviso.

—¿Esa es tu antigua vecina? —preguntó al verla de cerca.

—Sí, ella es Dayana. Ya la habías visto antes el día que nos vimos.

—Lamento lo del edificio. Fueron afortunados en salir con vida de esos escombros.

—La muerte indiscutiblemente no nos quiere —repuso al notar el malestar en la atmósfera.

Desiré le informó sobre la oportunidad de empleo y Glen estuvo agradecido por la información. Pudo ver el brillo en sus ojos al hablar con él. La curiosidad la mataba y no había forma de explicar la dinámica del entorno. Solo deseaba despedirla y se le ocurrió invitarla a tomar un café en la panadería de la esquina.

Allí tropezó con su mirada muchas veces y que había despertado en ella el interés de seguir frecuentándole a pesar de su rara actitud de la última vez. Glen estaba dividido en dos vertientes. No era sano quedarse en el círculo de su comuna y tampoco tener una relación tan inusual con Dayana.

Admitir que estaba enamorado de ella, era enterrarse para siempre al desfase que ponía en riesgo la oportunidad de tener una vida sensata alguna vez. Aquello de ninguna manera podía ser una vida permanente para vivir. Lo aceptaba porque Amílcar no podía valerse por sí mismo y era demasiado trabajo para Fedra. A su vez, estar a solo con Dayana era un reto. Su alma estaba pegada a su ex y los lazos que los unían no era posible deshacerlo.

Acepto ir con ella el sábado a tomar unos tragos. El sábado, así lo hicieron y no se acordó cómo saltaron de una copa a otra y otra. Al abrir los ojos estaba en su departamento y luego encima de su cuerpo sin siquiera poder pausa a las consecuencias que eso traería. Salió de allí en la madrugada preocupado por su desliz. Llegó a la casa para encontrarse a Dayana desvelada en el sillón con evidentes rastros de que había llorado mucho.

Fue mortal encontrársela de eso modo. Se sentía atrapado y lleno de culpas por haber dormido con Desiré. Olfateó la infidelidad, y sin poder negarlo, cayó en el sofá sin saber cómo enfrentarla.

—Estoy confundido con todo esto —confesó al sentirse acorralado.

—Yo también. Tienes que admitir que no somos personas ordinarias, tenemos compromisos con esta familia y pensé que me amabas a mí.

—¿Cómo se supone que aguantemos esta estructura por tanto tiempo? Ya llevamos dos años en este tajo y no encuentro oxígeno. Quisiera que así fuese, pero es complejo y no sé si es sano. Aún insistes en dormir con Amílcar y tratarlo como a tu marido. En esa ecuación no quepo.

—¡Claro que cabes! Amílcar no va a vivir por mucho tiempo y solo quiero que no le falte nada. Yo siempre he sido su todo, y pesar de ser su ex esposa, no es el típico caso de poder voltear la espalda y seguir andando.

—¿Entonces debo tolerar que duermas con él? No siento celos de eso, pero necesito definición o libertades. Nunca te interrumpo, ni Fedra tampoco te interrumpe. Ambos nos quedamos en la sala mientras ustedes retoman la relación con el mismo amor que dos novios lo hacen. Hemos permitido romper los límites para darle a él todo lo grato de la vida.

—Te lo agradezco. Por eso te amo, te amo porque entiendes muy bien de qué trata. Fedra no interrumpe porque sabe que es una agregada que se

coló en nuestra vida. Así como lo hicieras tú —se acercó a él para besarlo.

—No me voy a quejar. Puedo oírlos tener relaciones y no los detendré.

—Gracias. Si dormiste con ella, tampoco te voy a culpar. Es tu vida privada siempre que te protejas y nos protejas a todos.

—Ahora que ya sabemos nuestro lugar, dime si en ese lugar tengo suficiente espacio para ganarme tu atención completa alguna vez.

—Todo el que quieras. Ya has sido espectador de ambas y sabes que es por amor puro. Amor que no acaba, amor que tenemos que aprovechar hasta que dure.

Glen bajó la cabeza para soportar la propuesta sin sentir celos reales. Mantuvo la compostura con el semblante en control de sus gestos.

Al fondo, la voz de Amílcar llamaba. Glen fue a servirle con la sonrisa en los labios. Estaba sentado en la cama con su sonrisa de siempre.

—¿Hoy habrá gelatina verdad?

—Hablaremos con nuestras mujeres a ver quién se digna —dijo Glen verificando su hemoglobina.

La tos se apoderó del espacio. Un solo pulmón en función de todo su cuerpo le hacía no tolerar demasiado el polvo y empeoró al inhalar el concreto molido de los escombros.

En efecto, ese hombre era un robo de la muerte y el diagnóstico no le daban muchas expectativas. Su madre desapareció del panorama una vez supo de su proceso degenerativo. Era cuestión de unos meses y toda su vida se esfumaría. Glen había pensado en ese momento muchas veces. Al observar su deterioro, se atrevía a predecir que era cuestión de dos a tres meses.

Fedra no se encontraba conforme con el informe médico y se ruborizaba al pensar que estaba lejos de perderlo. Las mujeres dejaron de discutir por él tan pronto supieron la delicada situación de su salud. Le daban amor y placer sin pensar en nada más que no fuera colmarlo de dicha.

Por más diagnóstico, su virilidad era inaudita. Tanto que era extenuante oírlos gemir a distintas horas y acostumbrarse a eso y a presenciarlo con total naturalidad.

La tos le carcomía la voz en forma lenta y paulatina.

Fue un 25 de junio la primera vez que Glen notó la exaltación de las mujeres en la habitación. Yo no iban de una en una. Ahora estaban a la vez mientras él se sentaba a leer el periódico en el sofá. Desiré apareció en el balcón ese día y no sabía cómo salir del inconveniente. No le gustaba para nada las iniciativas de ella. Esa mala costumbre de no cerrar el portón le trajo por consecuencia tenerla de frente a mitad de los gemidos. Entró y se sentó

junto a mí sin poder entender el concierto en la habitación continua.

—¿Qué rayo es eso? —dijo sin salir del asombro.

—La vida privada de mi paciente. No me meto en esos asuntos —dijo ojeando el diario con despreocupación.

Desiré se levantó del sofá con espanto y se dirigió a la salida. Glen fue tras ella con la mudez a cuestas.

—Aquí son libre de hacer lo que quieran. No hay espacio para explicaciones. ¿Me entiendes?

—Sí, claro que lo entiendo —dijo abriendo el portón para perderse por la acera.

Cap 8

Una relación abierta, es permitir al otro manifestarse como le vengan en gana en la sociedad. Desiré estaba escandalizada por la inmoralidad de la casa.

—Ese incapacitado es un depravado sexual. ¿Cómo rayos puedes vivir con gente así? —Desiré no deseaba dejar pasar a Glen para conversar.

A su juicio era un hombre de carácter ligero y actitudes de monigote. La humanidad no tenía nada que ver con aquello que ocurría en esa casa. Dos mujeres con un solo hombre y otro que servía de alcahuete. Suficiente el

escándalo para su espíritu. A partir de ese momento rompió su relación con él y le pidió que no volviese a procurarla.

Glen trabajaba en el hospital y si sensibilidad había entrado en otras dimensiones al conocer sobre los moribundos y los deseos como última voluntad. Comprendí de qué trataba y al atender casos de enfermedades terminales no dudo en recetar la libertad absoluta a cada uno de sus pacientes.

Un caso conmovedor fue el de Nicolás Bori, con 45 años jamás había encontrado el amor y su madre no dudó en contratar los servicios de una dama de compañía para que fingiera enamorarse de él y amarlo. Le pagó para que se casaran y así lo hicieron. Al saber del caso y conocer a la actriz de turno, más que una simple prostituta Glen vio en ella a un santa.

Sin siquiera arrugar su ceño limpiaba la baba de su barbilla mientras él contaba lo que feliz que estaba. Era improbable que un hombre tan poco agraciado encontrara una historia de amor con una dentadura que se le pudrió con las fiebres. Su dermatitis aguda le infestó la frente con soriasis, pero todo eso quedaba invisible para la legítima esposa con los 3,700 euros que recibía más la pensión vitalicia por aceptar el desagradable empleo.

—Nunca pensé enamorarme doctor. Mi esposa me cayó del cielo—, le confesó en el cuarto de examen donde examinaba la proliferación de sus tumores en distintas partes del cuerpo. Iba a morir en cuestión de días y la

esposa no le abandonaba en ningún instante.

Glen hacía guardia en la puerta de su cuarto para garantizarle la intimidad a la pareja en lo que ella le daba las buenas dosis de sexo oral sin que nadie interrumpiera la magia del momento.

Sus colegas más íntimos le tenían una admiración sobrehumana. Desiré sabía que cuando se ponía al pie de una puerta era por andar consintiendo atrocidades conyugales. Guardó silencio, no sería ella la causante de su despido. A los pocos días los pacientes que pasaban por eso cumplían sus misiones en la tierra y alcanzaban la felicidad para que sus almas no quedaran realengas por la Tierra.

Se hizo famoso entre los pacientes de auspicio. Pasar por sus manos era resolver los dilemas de una buena vez.

En tanto Amílcar desmejoraba fue bajando la fogosidad. Ahora dormía más horas y no estaba muy entusiasta a la hora de comer. Para animarlo optaron por darle tartas de chocolate casi todos los días para que se le abriera el apetito.

—No sé cómo vamos a sobrevivir su partida —Fedra reflexionaba en el sillón mientras la tos le ahogaba.

—Hoy cualquiera puede morir, pero de calor— Dayana se abanicaba con diligencia.

—Luces tan tranquila y estamos a ley de nada para que el calvario de Amílcar acabe.

—Ya lo acepté. Me tocó la mejor y la peor parte de su historia. Tiene que irse de este mundo en donde ya el cuerpo no le sirve para más. Desear atarlo a esa miseria de verse desvalido es un error que no cometo más. Todos estos días que vive y ha vivido, yo los robé para él. Amílcar murió hace diez noviembrés atrás y mi capricho le prolongó la agonía.

—Yo te lo agradezco. Mi vida empezó con él y no sé cómo le haré cuando lo perdamos.

—Eso será ya mismo. Él pidió fortaleza. Ya tiene experiencia muriendo y se le fueron los miedos hace tiempo.

La tos cesó de repente y la casa quedó ante un silencio que petrificó a las mujeres. Allí quedaron con las miradas congeladas en distintos puntos de la decoración.

—Ve tú —dijo Fedra con angustia.

—Ve tú y vence los miedos —Dayana decidió llamar a Glen antes de confirmar por sí misma que ya se había ido del mundo.

El timbre llenó la casa y al contestar, Dayana dictó la hora porque esa era la clave que tenía para el momento.

Glen no tardó en aparecerse, se sentó junto a ellas para certificarlo. El

silencio era espeso y retumbante. Las lágrimas comenzaron a empozarse en los ojos y nadie quiso tomar la iniciativa.

—¿Tosió por última vez a las cuatro y cuarto? —preguntó Glen sin dignarse a socorrerlo.

—Y ya son las seis y media —dijo Dayana con tono apacible.

—Él pidió no hacer nada y debemos respetar eso. Esperemos un poco — Glen se sorprendió a sí mismo comiéndose las uñas. Hacía mucho que había abandonado el mal hábito, pero le pareció pertinente mordisquear hasta sus cutículas.

No había indicativo de vida en el cuarto de atrás. La brisa fresca de la noche entró en la sola y cada uno se ocupó de traer una anécdota de Amílcar.

—Será muy duro no tenerlo entre nosotros— Fedra inclinó la cabeza — mañana no sé más nada de mí.

—Eres talentosa Fedra, deberías abrir tu consultorio. Gracias a ti pudo volver a ser funcional y ese talento tienes que dárselo al mundo —dijo Glen con la angustia en la mirada.

A las nueve y cuarto aún seguían a la expectativa, pero estaban petrificados en sus pensamientos como para movilizarse. Así se arrinconaron en sus lugares y se quedaron dormidos. A los lejos los trinos del amanecerse le despertaron. El efecto de saber las razones de porque amanecieron en el

sofá los hizo caer en pánico.

—Glen, Amílcar murió, ya no hay duda —confirmó Dayana sin moverse del espacio.

—Si pasa mucho tiempo pueden calificarnos de negligentes —dijo Fedra tomando la batuta.

Glen tomó el celular para llamar a las autoridades, mientras Fedra meditó si debía avisar a doña Ana.

Un reguero de moscas ocupó el espacio lo que confirmó la noticia. Cruzaban campantes por la sala como si un gran festín se hubiese servido en el ambiente. A la puerta de la casa fueron a buscar el cuerpo.

Los tres se tomaron de las manos para verlo partir cubierto por el porta cadáveres. Nadie recordaba sus últimas palabras. Solo la cena que comió y la lucha que tuvieron para que probara bocados.

Al ver al personal cruzar con el cuerpo en la sala firmaron los documentos y procedieron a llamar a sus familiares. Llegaron, uno a uno con sus extremidades. Doña Ana era la matriarca de las fotocopias de Amílcar. Sus dos hermanos saborearon la misma torta que se le dio hace dos días.

—Amílcar fue intenso —dijo Fernando mirando la foto de los cuatro enganchados con él en la misma cama.

—También fue el nuestro —Glen al fin se puso en pie.

La casa se puso en penumbra y la parálisis emocional dejó a las mujeres sin fuerza. —Hace tiempo que no lo veía —dijo Fernando con pesar.

—No lo veías desde el 14 de noviembre. Te dio miedo verlo porque su destrucción te confirmaba tu propia mortalidad. Hubiese sido una gran ayuda que estuvieses de nuestro lado. ¡Pero no! Tuve que tirarme la misión solo mientras tu familia pomposa levantó el culo de la butaca del hospital dejando todos en las manos de Dios —Dayana se alteró por la hipocresía.

—¡Estaba en España estudiando! —exclamó con mortificación.

—¡Tremendo! Cada vez que veas tu puto diploma te acordarás de que mientras lo luchabas tu hermano de sangre estaba luchando por sostener el pulso. No sé ni cómo te atreves a poner un pie en esta casa cuando lo debiste haber puesto hace muchos años atrás para evitarme el ahogo de tener que arrastrarlo hasta el lavabo para limpiarle el trasero. ¡Tuvo tres hermanos varones y nadie vino a darle ni una felicitación de cumpleaños!

—¿Me recriminas? Amílcar era muy individualista y cerrado con la familia. Tal vez nos acostumbramos demasiado a su ausencia. No me parece que te sientas con competencia para juzgar. Aceptaste el divorcio sin luchar por él.

—¡Nunca me fui del todo! Aquí nadie pudo irse. Solo teniéndolo cerca

era el único necesario para hacerse adicto a él. Nunca se quejó de su miseria. Asumió su desgracia con dignidad. Nos enseñó a vivir. Dio cátedra de serenidad y superación mientras ustedes insistieron en huirle. Le huyeron por terror a saberse vulnerables. Al menos tendrás la oportunidad de ver su féretro y quedarse con el cargo de conciencia de que fueron una familia mediocre. ¡Porquería! Infestada de insensibles e inhumanos.

—Ya no hay caso de que digas más Dayana. Ya no hay vuelta atrás — dijo Fedra con la voz cortada —la vida da a los amigos. Nosotros somos los tapa huecos. Nunca le dimos la espalda. Desde la primera vez que lo vi, lo asumí con toda el alma. Fue una química inmediata entre él, nosotros y yo. Amílcar fue lo más grande que tuvimos la oportunidad de compartir. Ustedes se lo perdieron. ¡Vivan con eso!

Fernando se levantó de la butaca con muy mal humor para enfrentar a las mujeres.

—Tan poco él estuvo para nosotros. Cuando gozaba de todas sus facultades, solo se dedicó a gastar la fortuna que le dejó nuestro padre en viajes y placeres. Amaba el placer más que a la familia. Esa parte de la historia ustedes no la conocen. Cada uno se gana el desenlace que trabaje con sus acciones y mi hermano era un desenfrenado egoísta que solo se ocupó de pensar en sí mismo.

—Me alegro de que lo hiciera porque todo lo que vivió se fue con él y no se hizo esclavo de cosas materiales —Dayana aclaró.

—Claro, un niño mimado que no tuvo que dar muchos tajos en defensa propia en la vida. En efecto, fue sabio que lo hiciera. Murió joven y al menos vio mundo. Creo que si sumamos la vida de todos nosotros no llenamos ni una onza de lo que vivió en su día.

Doña Ana infestó la casa de un llanto histérico y no encontraba a cuál de las dos mujeres abrazar primero. Optó por ir en orden de prioridades. Primero la última y luego con la primera con la cual se quedó prendida mojándole el hombro de culpas.

—No pude estar a su lado más allá de darle un cheque. Fue duro para mí verlo caer reventado de la moto ese maldito 14 de noviembre en donde mi hijo dejó su salud en el maldito pavimento.

Los llantos subían el volumen hasta hacer que los caminantes de las aceras se asomaran al balcón de forma impropia casi con deseos de preguntarle a los residentes de la casa si necesitaba a la policía. Sonaban igual a gente histérica en medio de un atraco.

—Hay que poner un lazo negro en el portón para llorar a nuestras anchas. Detesto a los mirones— Glen salió al balcón para explicar a los curiosos que uno de los integrantes de la casa había fallecido.

Fedra miraba el increíble parecido que Fernando tenía con su hermano. Miró su mano a ver si llevaba anillo de matrimonio. De por sí, a nivel genético, debía gozar del mismo equipaje que la hizo feliz y no dudo en servirse a la conquista como herencia. Tan pronto ese pensamiento minó su mente, supuso que la morbosidad que había despertado en ella iba a estar acompañándola hasta el final de sus propios días.

De solo pensar que yo no gozaría de poder cumplir sus más viles fantasías sexuales se sintió viuda. Dayana no parecía estar muy a penada por perder a un intrépido compañero sexual, ella tenía suplente. El mismo que soportaba todo por tal de hacerla cumplir con el juramento de estar con él hasta el final. Eso no se podía ventilar delante de la familia. Glen nunca pareció prestarle atención en esos asuntos. No se atrevía a sugerir ser adoptada como una amante huérfana para seguir amparada en la comuna. Era indiscutible que las cosas iban a cambiar de forma radical. Fedra no era una mujer de flirteo, le gustaba ir al grano de la sensación y punto.

Esa tarde en donde por primera vez tuvo sexo con Amílcar fue al bañarlo y descubrir su emergencia viril. Estaba dispuesta a ignorarla, pero era consistente y llevaba media hora con la misma intensidad durante el baño. Era difícil posicionarse en cuerpo para sacarlo de la tina y le resultó una estupidez a verlo puesto allí. Tenía una minifalda porque fue lo primero que se puso al escuchar que Glen y Dayana iba a salir por varias horas a cazar al

bosque. No traía ropa interior puesta y el cuerpo de Amílcar se le resbaló de las manos hasta metérsele de bajo de las piernas. Al no poder sostenerlo se sentó encima de la erección que la enamoró al instante. No fue algo premeditado, sino accidental. Después de ese día le mismo desarrolló el lenguaje para sugerir repetirlo. Se hicieron uno entre las terapias hasta que él logró controlar su voz y volver a recuperar sus movimientos. Fedra repasó todo eso delante de los presentes con la certeza de estar perdiendo a su primer amor también. Confundirlo con algo parecido era lo más obvio. Lo analizó a profundidad mientras surgían los ataques y las sentencias a la familia. Glen estaba a un lado evadiendo su responsabilidad a abonar a las culpas. Él solo fue su vecino que, al verlo desamparado con su esposa, decidió asistirlo, pero solo para tener excusas de ligarse a su mujer para enamorarla al creerlo incapaz de volver a comunicarse y tener una vida funcional. Tan pronto Glen confirmó que Amílcar gozaba de un saludable estado de consciencia, tuvo la oportunidad de pedirle perdón por atreverse a faltarle el respeto en su casa. No se sentía orgulloso de hacerle eso a un desvalido, pero nunca la vio con otros ojos que no fuera a tenerla en como pareja. No contaba con su libertinaje de querer cumplirla como mujer a pesar de su impedimento. Jamás se hubiese creído que esa posibilidad hasta tanto no vio a Fedra sembrándose en él y su vitalidad. Ese momento supo que Amílcar no era un santo ni un ángel en estado vegetativo. A su vez Dayana no lo dejaría por nada en el

mundo. Sobre él cerraba los ojos para fingir que era el mismo amante y fogoso esposo que le regaló el sol, los paisajes del mundo y una felicidad absoluta hasta cuando ya nada podía ser feliz entre ellos. El amor estaba regado de forma inusual y era cuestión de tumbar los protocolos para poder disfrutar de eso sin calambres en la moral. Por tal de poder congeniar en los deseos, todos estuvieron de acuerdo en soportarlo. Ere pertinente darse el permiso porque el reloj marcaba la alarma de expiración en Amílcar y todo valía la pena para alcanzar la dicha así fuera un tremendo lío moral. La familia era incapaz de entender la relación descabella que tenían, pero al menos nadie exigió nada de ellos. Doña Ana se hizo de la vista larga muchas veces y respeto las orgías de las mujeres. La doña sabía que Glen era una gran persona porque podía dejar su orgullo de hombre a un lado para acceder con humanismos nuevas propuestas. No importa qué agradecía no estar obligada a tener que tomar responsabilidad sobre su hijo incapacitado. El creó su equipo especial de supervivencia. Todos con vastos conocimientos médicos. Nadie más en el mundo pudo hacer por él como aquellas dos mujeres y ese hombre que se rendía a la mudez para no entrar en polémicas.

—Los desahogas son perfectamente normales en estos momentos — admito que nunca supe ni sé ser un buen hermano. Cada uno debe buscar su propia felicidad de algún modo. Francamente, no sé cómo voy a vivir con el cargo de consciencia. Tal vez ni piense en eso y así me libro de tener que

estar lloriqueando lágrimas de cocodrilo. Solo pude ser hermano en la infancia y como todos los hermanos ordinarios tuvimos nuestras peleas infantiles al igual que las aventuras. No hay marcha atrás para recuperar el tiempo perdido. Lo que me satisface es que Amílcar si supo vivir, escalar montañas, dar viajes en crucero, tirarse en paracaídas y ser digno propietario de monedas y fotografía de lugares visitados. El muy alocado, fue al Golfo cuando estaba en la guerra y fue a los monumentos que poco tiempo después fue volado por armas de destrucción masiva. Soy mayor que él, pero él ha vivido, sin temor a equivocarme más que yo.

Dayana comenzó a llorar en silencio. La familia que le dio la espalda comenzó a llegar a dar el pésame y nada le parecía tan doloroso como verlos ahí con entera salud y sin inconveniencias. Las caras estiradas de las primas también se adentraron en la sala. Fueron a la habitación donde el primo murió y confirmaron que era un rey y tenía una televisión de plasma envidiable.

Glen estaba en una esquina meditando si podía ahora tener una relación verdadera con Dayana. Analizó que su paciencia por ella debía ser producto de la idiotez o de un amor incondicional que no se le ocurría echar a perder. Era amor profundo, visceral y conmovedor. Estuvo con otra mujer solo para confirmar que Dayana era demasiado entregada a los compromisos y que sus sentimientos hacia él serían igual de sagrados como lo que les tuvo a Amílcar. Esa mirada dulce y tímida en donde le confesó que no podía

desvincularse de su esposo así le exigiera el divorcio, era una confirmación de la magnitud de su entrega total.

Amílcar estuvo conforme en todo momento. Glen no mentía ni osó aprovecharse de su esposa, quien, a pesar su incapacidad, jampas abandonó como hombre. Por más morboso que fuera a ser tomada su forma de pensar era hermoso que el amante de su esposa jurara lealtad por él y que nunca sería abandonado. Lo pudo confirmar todo el tiempo. Glen se hizo cargo sin tener porqué hacerlo. Lo consideró como un fenómeno de amor. A pesar de ser un rival ante los ojos sociales, Amílcar no lo vio como tal. Le daba paz tenerlo cerca porque hizo que Dayana mejorar su ánimo y no abonara más a dañar su espalda. Fedra fue indiscutiblemente su oportunidad de resurgir de la muerte de esos días en donde no podía si quiera rascarse la espalda. Tuvo a un gran equipo a su merced. Gente que apareció en el peor momento de su vida salieron de ser perfectos desconocidos a convertirse en ángeles de la guardia. Eran la dulce compañía y como dice la oración infantil, lo desampararon ni de noche ni de día.

Doña Ana estaba seguro de que los muertos se quedaban repasando sus espacios. Bien podía estar su presencia en la cocina solo para descubrir su nueva inutilidad, los fantasmas se les hace imposible comer torta de chocolate. Eso pensó cuando notó la nevera abierta y un frío inusual se le centró en la nuca hasta recorrerle la espalda, los brazos y muslos. Se antiguo

para desearle un buen viaje a la cima del cielo. Compartir con él los últimos meses le sirvieron para recuperar el tiempo que su cobardía le privó. Odiaba verlo privado de su corte atlético. Verlo en la silla de rueda alerta y dando tumbos de un lado al otro, le dio la oportunidad de disfrutar de él un poco más. Era increíble que sobreviviera al accidente y luego a un terremoto. Supuso que la muerte estaba de fiesta por el fin dar con uno de sus más hábiles evasivos. Recordaría su sonrisa y las pasiones por los peligros. Recordó cómo le causaba pánico verlo correr en una sola rueda por las calles. Al criticar al loco que le pasaba por el lado, debía callarse la boca porque ese loco era su hijo. Siempre fue un arriesgado. Nadie pudo creer que el más experimentado motociclista se quedara inútil por un hoyo en el expreso. Maldijo al inepto que tuvo culpa de su desenlace.

—En un momento a otro la vida cambia. Hoy estamos bien y mañana resbalamos en una cascara de guineo para rompernos los cuernos —eso dijo y todos la atendieron para darle la razón y a tomar más consciencia de lo frágil que es la vida después de todo.

Fernando bajó la guardia y les dio la razón a las mujeres al señalarlo como un fiasco como hermano. Era cierto y lo admitió con mucho pesar. Ya no había forma de resolver su desliz. La vida de Amílcar concluyó y no le pudo dar abrazo alguno para soportar el dolor de sus espasmos. Viviría con eso hasta el final de su vida. La conformidad debía ser su aliciente. Se le

ocurrió cerrar los ojos para acordarse del día que hablaron de la muerte cuando niños. En ese tiempo se juraron visitarse como fantasma para dar un informe de cómo era el otro lado y si había dolido llegar a él. La teoría fue que más dolorosa iba a ser la vida y no había forma de escapar de ella sin que fuera pecado. Ese momento parecía increíble. Amílcar murió joven y rodeado de gente maravillosa que no le perdieron ni pies ni pisada. Era raro verlos a todos con cara de viudez y orfandad. Frida se le escapan las lágrimas una tras otra. Nadie quiso darle consuelo, habían pasado varias horas y la familia gestionó los arreglos florales y el servicio ateo que debía ver a qué iglesia iban para traer el coro celestial de los herejes. Dayana vio la consternación de Fedra y se acercó a abrazarla. Esta se inclinó en su hombro como niña herida, cerró los ojos porque le ardían de tanto llorar. No habían hablado del después, el destino, el futuro para reconstruirse y respetar el núcleo que formaron cuando estaban en medio de la desolación de un país en caos.

Capítulo 9

Las caras en las funerarias eran igual a las de los desfiles de una graduación. Dayana muchas de ellas las vio solo en la boda. La solemnidad no iba con el estilo de esa familia. Salieron de sus asuntos para dar condolencias de algo que verdaderamente no era de su pertinencia. Fedra los observó como si se hubiese salvado de toda esa superficialidad. Glen las

rodeas a ambas con sus manos como si fueran la herencia viva de su paso por el mundo.

Al concluir la ceremonia Fedra llegó a la casa y se tiró en la cama del difunto a mirar el techo. Glen se asomó a la puerta, el proceso de duelo es duro y el sentimiento de pérdida hace que la gente no encuentre razones para vivir.

—No será fácil, pero no quiero verte reducida por las esquinas. Eres brillante y debes ayudar a mucha gente. Por eso es por lo que somos profesionales de la salud.

—Lo sé. Solo quiero estar aquí. Nunca he sido de estancarme en el pasado. Si el país progresa, nosotros también.

Glen caminó hasta ella y besó sus manos.

—Tenerte cerca me garantiza que tengo a una de las mejores a mi lado.

—Gracias, si tú lo dices es porque es cierto.

Encontrarse de frente y saberse libres para retomar el destino fue algo que Dayana vio en los ojos de Glen en el pasillo rumbo al patio. Su increíble paciencia le confirmó estar con alguien nada tradicional con el cual podía ser ella misma sin temor a las represarías. Se sentó en el jardín. Estaba satisfecha con ella misma. Por primera vez en mucho tiempo dejó de sentir prisa para

hacer las tareas y preparar la cena. Sintió sus manos livianas y sin nada urgente que resolver. Las elevó para asimilar que con esas dos más hizo menos pesada la existencia de su ex marido.

Glen fue a su encuentro y se sentó junto a ella con la misma sensación.

—Ahora somos solo nosotros tres —dijo Diana con una sonrisa.

Fedra apareció en el marco de la puerta con una mochila en su espalda. Dayana y Glen se impresionaron al enterarse que se marcharía con los suyos.

—Ya no tiene caso seguir aquí. Me hará bien cambiar de ambiente —dijo con certeza.

—Eres una mujer hecha y derecha, no somos quiénes para impedirte hacer lo que te plazca. Siempre puedes volver si no tienes otro lugar para ir —dijo Glen con tristeza.

—Lo sé Glen. Ustedes tienen que rescatar muchas cosas —lo dijo mirándolos a cada uno a los ojos.

—¿Cómo qué? ¿La normalidad? —preguntó Dayana con sarcasmo.

—Nosotros no somos normales y debemos vivir con eso. Somos codependientes, hipersensibles y libertinos. No cabemos en el mundo del todo —dijo besando las mejillas de cada uno —prometo visitarlos.

Esa noche sin Fedra ni Amílcar fue larga. Tan pronto quedó la casa

solo no supieron cómo acercarse a retomar lo que había sido un romance inusual y lleno de pausas. Dayana se encerró en su cuarto sin tener la mínima idea de su nueva realidad. Ya no había nada que los distrajera se entregarse el uno al otro. El resentimiento era sublime. La tal Desiré tuvo algo con él, pero Dayana no podía recriminarlo. Estaban empaté y hablar de eso era altamente incómodo. Muy parecido a admitir una desviación de conducta o un pecado.

Mantenerse a distancia por el momento, así estuvieran en la misma casa era lo prudente para el proceso de adaptación. El silencio de la casa afectaba el sueño de ambos. Calárselo hizo que la primera semana fuera un calvario sin precedentes. Él se iba a sus turnos y no estaba cómodo con la dispersión de su comunicación con Dayana. Fue muy poco lo que construyeron como par. Estaban acostumbrados a ser parte de un colectivo.

Cada uno traficaba la casa en medio de un individualismo fantasma. Cocinar para uno ya no daba de hacer tortas de chocolate los domingos. Dayana se encerró en sí misma. Esa era su naturaleza.

Glen entraba para ver todo en su sitio como si ella ni siquiera se dignara a prepararse un bocadillo así misma. Esto estaba mal. Detenerla a tiempo para evitar sus inclinaciones anoréxicas. Él se estacionó frente a la puerta de su habitación para interrogarla.

—¿Qué comiste hoy?

Dayana meditaba al otro lado de la puerta y se percató que había olvidado comer más allá de la taza de café de la mañana.

—No te preocupes por mí Glen.

—Claro que me preocupo. Voy a prepararte algo, sal de ahí para que comas.

Lo hizo por tal de no tenerlo en rogativa. Lo conocía bien y no se iría del marco de la puerta hasta responder.

Se sentó en la mesa y puso sus dos manos sobre la mesa para ser servida y mimada por un momento. Ahora que miraba a Glen de espalda le vio su potencial de chef e hizo un plato exquisito en solo quince minutos. Comieron en silencio mirando las sillas vacías al igual que los alrededores. No se oía el motor de la silla eléctrica rebotar contra los muebles y los marcos de la puerta.

—¿Cuáles son tus planes para el futuro? —Glen cuestionó mientras le servía el plato.

—Yo no pienso en el futuro Glen. Amílcar y yo nos encantaba soñar despiertos inventado grandes empresas imaginario y todo lo que logramos fue tenernos y sumar a otros. No hay plan maestro, yo no lo tengo. Felicidades si lo tienes para ti.

—Tengo un plan maestro para todo. Crear metas fue precisamente lo

que mi abuela me enseñó a hacer.

—¿Yo interrumpí tu plan de algún modo? — Dayana probó el plato e hizo expresión de que estaba divino.

—¡Me alegro de que te guste! En cuanto a si interrumpiste mi vida... La verdad es que la salvaste. La histeria del país, los cierres de las fuentes de empleo, el hambre hizo de mí un miserable. Con toda aquella pesadilla, solo supe que solo no puedo estar así me crea un ente aislado.

—Ni yo. Mis madres estaban al tanto de la hambruna, fue educada para sobrevivir a toda costa de la mentalidad de los gobiernos.

—No hablemos de política, mejor hablemos de nosotros. Me parece increíble que hayamos sobrevivido a la peor indigencia que un ser humano pueda vivir. Ser huérfanos de gobierno y ver cómo estrellan nuestras vidas a la mediocridad. ¿Puedes creer que un gobierno cierre escuelas y hospitales?

—Nunca intenté salir al mundo exterior, la verdad es que le tengo miedo a esos espacios abiertos donde me pueden escoger como blancos para hacerme víctima de la tiranía. Me desconcentra pensar en ser abusada de algún modo. Te dije que prefiero no salir.

—Eso es fatal Dayana. Esa misma actitud me hirió cuando niño. Una vez quise hablarte y saliste despavorida a esconder por el mero hecho de saludarte. Lloré porque en ese momento éramos la única amiga posible para

jugar.

—Ya he manejado un poco mi fobia. El caso es que no tengo planes más allá de lavar nuestros platos al terminar la cena. Prefiero improvisar.

—Ya eso hicimos y no concluimos nada. Abrimos nuestros espacios y nos tropezamos.

—Debemos cada uno escoger si lugar. Es evidente que nuestra relación no puede tener ese futuro que dices. Yo no estoy hecha para los sueños.

—¿También te vas? —preguntó Glen con desconsuelo.

—Sería lo propio.

—¿A dónde irías? Ni siquiera trabajas. Perdiste el apartamento de tu herencia.

—Ya gestioné la reclamación del seguro.

Dayana, terminó la comida y fregó los platos para apartarse de la mesa y dejar a Glen con la palabra en la boca.

Las relaciones extrañas dejan un sin sabor extraño en los que la viven. A la mañana siguiente. Glen estaba solo y Dayana tomó su ropa y se fue. No tuvo la capacidad de retenerla. La casa estaba inflada de recuerdos. Fue a la sala y observó la foto en la pared donde los tres están dormidos como

cachorros amontonados. Una profunda decepción se apoderó de sus pensamientos.

Dayana había sido escurridiza toda la vida. No puede descifrar cuál era la clave para lograr cautivarla y tenerla a su lado. Habría corrido a donde ella para buscarla, pero no dijo su destino. Los días siguientes estuvieron repletos de rutinas. Salir a trabajar era la única diligencia en la agenda.

Analizó que Dayana fue criada con demasiados miedos. Quiso tener las destrezas de mostrarle las bondades de la vida. Tener tanta paciencia en el carácter la hizo escapar de sus manos, pero no de sus pensamientos y deseos. No se movió de la casa. No pensó en la posibilidad de que volviera. Más bien se conformó con dejarla partir y seguir adelante por su lado.

Pasaron varios meses y trató de no dejarse ganar por el aislamiento. Salía a bares solo, caminaba por las aceras convencido de que las causalidades no eran del todo azarosas. El sentido debía estar en uno mismo en vez de los otros. Aprendió esa lección de Amílcar, quien nunca se quejó de estar sufriendo. Dentro de su incapacidad siempre se le escapaba esa sonrisa de moribundo que tanta felicidad daba a la casa. Él en esencia si era un desdichado, pero nunca se expresó así. Esa viveza de aceptar los azares con dignidad le dio una gran lección en la vida.

Le hubiese gustado ver uno de los vídeos de Amílcar paseando por el

mundo. Era un gran momento para hacerlo. Su carrera le permitía darse el lujo que se le antojase. Sin tener que rendirle cuentas a nadie.

Tomaría vacaciones solo con el mismo para mirar las maravillas del mundo y tener con qué delirar en el lecho de muerte. Hizo sus maletas y trató de superar el tedio a las filas y a las burocracias. Consultó con su agente de viajes y tomó vuelo a una isla en medio del Caribe donde fue a las playas y comió manjares de primera.

Así fue como le dijo Amílcar que debía ser la vida. Al recuperar el habla le contó sus parajes en los viajes. Trató de seguir sus anécdotas y ver por sí mismo todos los lugares fascinantes de sus narraciones. Cada destino explorado fue el mismo recorrido que Amílcar le contó en sus narraciones. Era interesante ver el paisaje y regalárselo a sí mismo. Ahora era el dueño de los montes que heredó de las apreciaciones de su fallecido amigo.

Dayana miró la cicatriz en su pantorrilla. A su juicio le daba un estilo interesante a su pierna. No dejaba de pensar en Glen como un reflejo involuntario y de forma enfermiza. Estaba enojada consigo misma. Pensar en el futuro era algo que las personas debían hacer. Perderse de la vida era como nacer en vano.

Decidió recuperarse de la ansiedad de algún modo. Glen era

importante, pero estaba avergonzada de maltratarlo con la devoción a su difunto. No se merecía de ningún modo afanarse al descaro y someterlo a esperar por ella. Romper en núcleo que los unía era de esperarse después de todo.

Dayana se empeñó en ser una persona dirigida a un norte. Hizo una maleta para salir del encierro y encontrar algo más allá de las cuatro paredes. Era pertinente salir de allí, huir de ser presa de sí misma como pasó la mitad de la juventud. Internet era un punto cómodo para no tener que ir a la calle a nada. También decidió emprender relaciones reales y buscar ese aire fresco de caminos anchos para mostrar sus largas piernas y su cabello libre como Amílcar le enseñó a ser antes de caer en su incapacidad.

Glen levantó la vista y juró ver una mujer idéntica a Dayana. Sonrió porque indiscutiblemente, no podía tratarse de la misma Dayana en uno de los parajes turísticos del Caribe. Verla de lejos lo hizo sonreír con diversión. Las probabilidades de que se tratara de ella lo hicieron sopesar. Optó por quedarse quieto frente a su piña colada en vez de iniciar una pesquisa. No estaba dispuesto a ser confundido con un bandido o asesino en serie acechando a una dulce señorita. Allí degustó sin mirar lejos. Solo le interesaba ver el ir y venir de las olas.

El parador tenía un salón de baile a testado de mujeres hermosas que seguida le echaron del ojo. Al elevar la mirada, juró ver a Dayana bailar entre la multitud. Se había quitado los zapatos y estaba bailando junto a todas las personas en la pista. Le hubiese gustado que ella fuera abierta a disfrutar la vida, pero hay personas que deben tomar un curso intensivo para hacer. Pagó sus tragos y fue a su habitación a descansar a sus anchas.

Luego de analizar todos los eventos del día se quedó profundamente dormido y cayó sentado al estar convencido de que esa debía ser Dayana. Solo debía mirarle la pantorrilla para confirmarlo. Se vistió a toda prisa para pasearse por los jardines luego de revisar el salón de baile. Debía estar pendiente a su alrededor para volver a ver a esa chica y salir de la corazonada. No era del todo posible. Había pasado dos años desde la última vez que supo de ella. Este parador estaba entre la lista paradisiaca de Amílcar y a lo mejor ella tuvo la misma idea al visitarlo. Hacer el recorrido por los alrededores le hizo pensar que estaba algo obsesivo. Se calmó al pensar que la añoranza es así de tramposa. Desistió de seguir buscando y fue a la cantina a pedir un trago para refrescarse.

—Martini seco con dos aceitunas.

El cantinero obedeció al instante. Miró el paisaje de la piscina y la música de fondo hacía el ambiente perfecto para no estar amargado esa noche. Al fondo una dama estaba sentada al borde de la piscina. El cantinero

le hizo una apuesta.

—Si se atreve a empujarla al agua, ambos tienen cantina libre por media hora.

Los hombres al otro extremo de la barra comenzaron a reír y deseaban participar del concurso, pero solo uno era el invitado a la travesura según la cultura del lugar. En este caso, Glen.

—¿Usted me pide que yo agreda a una desconocida?

—No es agresión los guardias saben que es el Splash a new friend contest. Tienes que lograr que luego de tirar la chica al agua, salga de buen humor y entren al área VIP —dijo el cantinero mordiéndose los labios.

Glen fue presionado por los presentes.

—Si no va él, vamos cualquiera de nosotros —dijo uno de los presentes.

Glen duda seriamente en hacer una cosa como esa, pero empezaron a hacer bromas pesadas y hasta llamarlo gallina.

—Wow, menos mal que ustedes no pertenecen aun a mi círculo de amigos, pero ya como enemigos reúnen todas las cualidades.

Finalmente, se puso de pie para hacer el peligroso reto que podía tener varios desenlaces. Al caminar, estuvo pendiente de que la chica no tuviese en

la mano nada electrónico para no echarle el celular a perder.

No se inmutó a fijarse en otra cosa y al acercarse fue ella quien lo tiró primero al agua y las luces de las cantinas se encendieron para el bando ganador, ¡las chicas! Ella se paró en el borde de la piscina a festejar su victoria mientras Glen salía entre carcajadas del agua, para encenderse una fiesta y salir un animador a darle el premio a la ganadora.

—Una noche más en donde las mujeres se apunta otra victoria. ¿Cómo te llamas?

—Dayana Rojas —dijo con tono simpático.

Glen corrió empapado hasta ella para mirarla y con expresión de incrédulo repitió su nombre.

—¡Dayana! —Glen camina a ella.

Al percatarse que era él no pudo evitar dar un grito de emoción.

—¡Glen! ¡No puede ser!

—De mí lo puedes creer, de ti es un logro.

Ambos se fundieron en un fuerte abrazo porque era una dicha coincidir y de ese modo. El premio era lo mismo, media hora de cantina abierta en el lugar VIP. Los anfitriones le dieron una toalla seca a Glen y al entrar a la hermosa sala de luz tenue y música suave ambos rieron a carcajadas por la

casualidad.

—Han pasado dos años desde que nos vimos —dijo Glen colmado de emoción.

—Ya ves que salgo. Trabajo en la clínica y ya acabé las dos miserables clases que me faltaban para concluir mis estudios en medicina.

—Es lo que tenías que hacer. Te ves muy bien. ¿Sabes? ¿Estabas en el salón del baile horita? Juré que eras tú, pero como no eres muy presta a salir descarté la posibilidad.

—Sí, era yo. Estoy siguiendo el recorrido —dijo Dayana.

—Yo también, wow, esto sí es una sorpresa increíble. Me siento feliz por ti. Te ves muy bien y te ves perfecta entre la gente. ¡Es increíble verte! —dijo con los ojos aguados.

—También me alegra saber de ti mucho. Te ves, tan empapado.

Glen se envuelve en la toalla como un niño pequeño tiritando.

—¡Se supone que yo te empujase a ti! —dijo secándose el cabello con la toalla.

—Es una competencia entre hombres y mujeres, se hace cada hora los viernes y dura hasta la media noche.

Tomaron unas copas y se contaron las cosas que habían vivido los

últimos dos años. Esa noche de luna llena, fue mágica entre ellos. Caminaron por la playa y ninguno de los dos habló del pasado. Sino del presente. El sonido del mar y la brisa relajante le dieron ese ambiente especial que las circunstancias de aquel entonces no.

—Glen, no te vuelvas a perder di vista. Eres mi mejor amigo después de todo.

—Me has hecho falta muchas veces. Sobre todo, los domingos cuando se me antoja torta de chocolate.

—Debería pasarte mi receta para que sepas hornear y me visites con una buena porción.

—Dayana ¿dónde estás viviendo?

—En el centro.

—¡Caramba, jamás iba a adivinarlo!

Se miraron a los ojos, fue insoportable volverse a mirar sin sentir el rubor de saberse de frente otra vez.

—Quiero que sepas que te agradezco todo. Eres fantástico y tienes en mí a una amiga incondicional.

—Lo de incondicional los sé. Me consta. Nunca supe el significado de esa palabra hasta que me abriste las puertas de tu casa.

—Glen, yo quisiera tanto haber tenido más madurez para no haber perdido tanto tiempo encerrada.

—Así te criaron. El mundo no es tan malo si uno busca el oxígeno propio.

—Glen es la parte de mí que he explorado en estos últimos dos años, la individualidad.

—¿Y qué tal?

—Es intenso eso de aprender a vivir solo. La verdad es esa. Mi apartamento es ahora un santuario muy parecido a las enseñanzas de nuestro gran maestro de aventuras.

Glen río y le enseñó las fotos de sus viajes, una a una. Se miraron a los ojos. Hicieron esa pausa incómoda que sugiere acercarse más. Dayana se mantuvo en su ángulo con la mirada anclada en la boca carnosa y rosada de Glen. Retrocedió dos pasos atrás para retirarse. Miró el reloj en su muñeca y había planificado una excursión para ver tortugas. Glen estuvo tentado a auto invitarse. No le quedó claro si tenía pareja ya, pero preguntarle le resultaba brusco y fuera de su estilo. Le dio su número para que luego planificaron algo antes de acabarse la estadía.

—De la lista me falta lo de los paracaídas, que aún no se si logre perder el miedo a la altura de aquí allá. Ya fui a Perú y está en lista el crucero

por el Mediterráneo.

Dayana bajó la vista, parte de eso ya lo había planificado de ante mano. Deseaba preguntarle si estaba solo en el parador, pero le resultó una insinuación indirecta. Necesitaba sentir que no repetía errores del pasado. No quería nada que le recordase su pérdida. Dejarlo ir era algo que no deseaba volver a hacer, pero no sería ella la de la iniciativa. Se quedó con la sensación de que debía irse y dejarle el camino libre para que su vida fuera tal y como él había planeado.

—¿Tienes sueño?

—Ya sí...

—Uno no viene a dormir —respondió con asertividad.

—Ah, me refería a las metas. Ya tengo metas, pero son diarias. La de hoy era bailar en la pista.

—Lo hiciste bien— Glen le sujetó la mano y le dio puse en las misma.

Dentro ella sintió nuevamente el florecimiento de sus sentimientos por él. Estaba inflada de nervios, la ansiedad no debía notarse. No era maduro desarmarse tan rápido y admitir que pensaba en él día y noche. El arrepentimiento de haberlo abandonado cuando al fin contaba con la libertad de amarlo a sus anchas, no se lo perdonaba. Era mejor irse cuando antes, no deseaba parecerle frágil. Recostarse emocionalmente en los demás no le hizo

aprovechar bien si oportunidad con él en el pasado. Glen la conocía bien y era evidente que no deseaba irse. De por sí, ya las palabras empezaron a escasearles a los dos. La ansiedad de encontrarse no les permitió ensayar bien la prudencia que se debía.

—Podemos desayunar mañana, pasado mañana —dijo sin saber si dejarla ir en ese momento es otra vez perderla. Necesitaba las agallas de retenerla de una buena vez. Su deseo que hacerlo ya antes de que la retirada marcara otra vez más años de por medio.

—Suená bien. Aunque prefiero los revoltillos de cebolla, pimienta verde, jamón que preparas— dijo y se apartó a paso lento con la certeza de que no iba a perderlo de vista esa vez.

—¿Los has extrañado? ¿En serio? A la verdad que tenemos que ponernos al día. Yo necesito volver a probar tus costillas al horno.

Dayana afirmó con la cabeza y sonriendo caminó de espaldas para despedirse con la mano. La brisa marina les desorganizó las cabelleras cada uno tomó su rumbo a las habitaciones. Glen se abstuvo de preguntarle el número de su habitación. Demasiada información fomentaría su insomnio. Estaría loco por pararse frente a su habitación y darle fin a la distancia en ese momento. Solo le rogó a los cielos verla otra vez al otro día que ninguna loca inseguridad la hiciera huir como la última vez. Estaba convencido de que, a

pesar de todo, era la mujer con la que deseaba pasar el resto de su vida.

Cap 10

Tal y como su corazonada le advirtió, Glen tuvo que irse antes de lo previsto uno de sus pacientes entró en crisis y salió de emergencia a atender la situación. No era su idea. Le envió un mensaje de texto para verse pronto. Dayana lamentó su mala suerte y siguió sus actividades planificadas.

La vida transcurría a una velocidad indomable. Trabajar, pagar las cuentas, ocuparse de la dieta y la figura sumada a todas las precauciones que debía tener para aspirar a una larga vida era la tormenta diaria de ella. Sumada a la eterna juventud que debía lucir. La trayectoria de una mujer que recién entra a formar parte activa de la vida le llenó la cabeza de gestiones pendientes.

Estar a la expectativa le mina la cabeza de furia. Gobernar su tiempo y mente para centrarse en el trabajo era todo lo que la ocupaba. Miró el número de celular de Glen como un pasaje ida a un mundo sin más vueltas. Esa era el giro que le faltaba para complementarse.

Fedra ya no daba su llamada de rutina para saber qué tal iba todo. Era mejor olvidarse de esa demencia de compartir un hombre. Solo a Amílcar,

Glen no. Era un asunto apremiante tenerlo a raya. Fedra le juró no hacer nada con él, verlo como algo ajeno. Le importaba mucho Glen, Amílcar era un vicio aparte. Se podía comprender bien entre ellas esa repartición. No era asunto de más nadie, era el secreto de la casa y punto. Glen estaba conforme. Un deseo de un moribundo es sagrado. Entre ellas no había reservas con colmarlo de mimos.

Nadie tenía porqué opinar su propia madre se mantuvo a raya de abrir la boca. Lo sospechaba, eran juegos de adultos en contra de su protocolo. Estaba bien no meterse en eso. Doña Ana nunca le dijo a nadie de las inmoralidades que presenció en esa casa. Tenía la costumbre de entrar sin avisar. Fedra y Dayana no se llevaban bien con algunas muestras de entrometimiento. Ahora sería distinto si la vida le daba la oportunidad de tener un mejor escenario por el amor.

Otra vez la idea de oír la voz de Glen le chiflaba el día. No marcaría ella. Ese paso le toca al que se fue. Los días pasaban con eso fría conmoción de saber que cualquier mujer nueva podría cruzarse en su camino y llevárselo como premio. Era un buen hombre después de todo, atento y rayando en la obediencia. Así no trabajara en asuntos formarles, iba de cacería logrando buenos botines de proteína. Estar cerca de Glen latía en la agenda como un asunto emergente.

Ahora que tenía vida nocturna resentí los esfuerzos de los hombres por

conquistarla. Los encontraba muy simples, machistas, ordinarios, supersticiosos y a pesar de ser atractivos físicamente, no gozaban de su idiosincrasia. Ella no tenía meollos con las libertades. Era incómodo intentar entablar conversaciones con personas que generalizaban en los temas o hablaban estupideces con toques alarmistas.

Tan pronto los hombres se enteraban de que era una mujer profesional la desigualdad y los complejos de inferioridad abomban la noche de complejos machistas. Era mortificarse en vano. Ya era parte de una reacción masiva. No quería ser clasista para nada, pero los temas de conversación monótonos le malhumoraban. Era como perder la noche y restar horas de sueño para nada. Era imposible entregarse por jugar a hombres tan simples con lo cual acabaría de mortificarse a la segunda cita. Desastres tras desastres era suficiente el estudio de mercado masculino para saber que su hombre para nada debía ser bruto, machista y prepotente. Por lo general, envidiaban su preparación académica. En alguna ocasión les sugirieron dejar los diplomas universitarios en la casa. Detestaban el reto que implicaba tener mostrar poco de criterio. Por lo general acababa incómoda en cada cita.

—Dayana, no pierdes ni uno y siempre quieres tener razón en todo — eso decía la cita de turno. En esa ocasión ella se excusó de la mesa para ir al baño y por ahí mismo tomó un taxi porque detestó al susodicho. Intentó manejar esas situaciones incómodas guardado silencio algunas veces, pero

entonces era acusada de banal. Llegar al punto de empatía era imposible. Tomó vacaciones del asunto precisamente la vez que se encontró con Glen el parador.

Dos años de soledad, le ayudaron a entender que estar con alguien era lograr que a pesar de un impedimento físico el amor fuera más poderoso. Por eso fue por lo que pudo manejar el accidente de Amílcar y hacerse cargo sin voltearle la espalda. Él tenía una mente poderosa y con solo vivir de los recuerdos de su apoteósica personalidad, hacía que consagrarse a él fuera una dicha y no una tortura de las ironías de la vida.

Cualquier otro hombre engreído, abusador y tarado habría hecho que Dayana lo hubiese dejado desamparado en un hogar de convalecencia. Ese placer de amar en cada una de las facetas era un asunto de afinidad. Esa emoción se repitió con Glen tan pronto supo que tenía un alma como la suya.

Bendito sea esa noche en donde su llamada entró y la voz viajó a su oreja como si fuera un bálsamo para pagarle la ansiedad de saber cómo le iba. No tardó ni cinco minutos la llamada y la misma bocina de un camión que escuchó en el auricular, lo escuchó en su casa. Glen estaba cerca y esperar más tiempo por verlo era francamente una abominación.

—¿Dónde estás? Suenas como si estuvieras a la otra hilera de mi edificio.

—Así siempre fue las cosas con nosotros. Estoy en el centro en el café de la esquina.

—¿Ajá? ¡Qué casualidad en los bajos de mi condominio hay una cafetería!

—Pues ¡qué casualidad, estoy en la cafetería del centro! Baja— dijo Glen con autoridad.

Dayana no tardó en soltarse el cabello, ponerse un poco de labial rosado y esos blue jean de infarto que dominaba el tráfico en las avenidas. Estaba segura de que la distancias de ambos era después de todo necesaria. Debía tener la oportunidad de convivir con ella misma antes de cubrir una relación con otra. Amílcar pidió el divorcio solo para liberarla de la esclavitud y no por no amarla.

Al llegar, vio a Glen con su galantería bien perfumada acomodarle la silla para compartir un bocadillo. Se les había ido el hambre a ambos. Estaban alucinado en los nervios de volver a verse.

—Tuve una emergencia aquel día —dijo sabiendo que pasó una semana a partir de entonces. Una semana que estuvo de guerra con sus dedos para no apretar los botones tan rápido. Ere extenuante esperar. A Glen se le fue mucho tiempo dándole espacio a Dayana. Deseaba decirle ya “¡Quiero que te cases conmigo! —, no tienes ni que vestirse de novia, podemos ir

descalzos, sin bañarnos y desnudos da igual. Solo quiero estar contigo”. Del dicho al hecho, la voz no le daba para ser tan franco. La verdad es que celaba al mundo entero por creer que alguien en cualquier momento se le acercaría para invitarla a salir. La simple idea de sentir que alguien se atreviera a cerrarle sus próximos capítulos le desquiciaba.

A veces las personas se unen a gente desigual por cansancio y no por amor. Eso no ocurriría en su caso. A Glen Dayana le llenaba las expectativas y estaba de acuerdo con sus defectos y virtudes. Su mayor defecto era su nivel de lealtad literal y su batalla constante contra las emociones. Era imperativo sobrepasar la etapa y hacer una propuesta formal para callar las advertencias de la voz interior, esa que avisaba a darse brisa antes de que alguien más apareciera en el camino.

Ella con su andar apacible escondía el mismo temor. Era indiscutible la afinidad que tenía con Glen. Demasiado poderosa como para dejarla pasar por desapercibida. Ansiaban acelerar el tiempo para ganar el espacio pertinente para darle un buen escenario a su relación. No es que no lo tuviera en el pasado, pero las culpas eclipsaron el efecto.

Aún recuerda la vez del callejón en el sofá verde del apocalipsis y su piel ardía. Esa noche era otra en donde la pausa haría estragos y alcanzarle los labios fue difícil. Más por respetar los lutos que por no tener las fuerzas.

—Glen, me alegra verte.

—A mí más. Nos falta ponernos al día con las agendas. No sé si ahora que eres colega entenderás cuán de vida o muerte es todo.

—Lo sé.

Los dos se miraron a los ojos e hicieron la misma pregunta con el tono impulsivo “¿Sales con alguien?”, al choque con la misma curiosidad, ambos sonrieron con timidez. La tortura era controlar los niveles de confesión.

Si Glen pensaba día y noche en Dayana, ella pensaba en él con la misma intensidad. La distancia era por reconocer que fue una falta de respeto obligarlo a soportar tantas cosas por la incapacidad de ella a despegarse de su ex. El amor entre ellos era aprueba de todo. Conocer a Amílcar le daba sentido a la premisa.

—No, salgo con nadie, más viejo, más selectivo.

En ese mismo momento Dayana deseaba acorralarlo contra la pared y tragarla las amígdalas con un beso apasionado que sellara su unión para siempre.

—Muy bien. Entonces debes socializar.

—Estoy socializando contigo Dayana.

El bosque llegó a la memoria de ella y la maravilla de haber sentido su

calor y confirmado su talento de antorcha humana para encenderla. Era cuestión de dos o tres salidas para sellar el pacto. El tiempo era relativo en ese momento.

—Glen, dime cómo podemos coexistir entre tantos compromisos.

—Tenemos que seguir adelante como se pueda querida.

La tomó del brazo para salir de la cafetería y arrinconarla contra la pared para besarla con pasión. Esperar era muy riesgoso. Estuvo de acuerdo. Los minutos pasaron sin poder despegar sus bocas. Un individuo sacó un revólver para asaltarlos. Glen abrió un ojo y con un puño en seco en el centro de la nariz, tumbó el tipo al suelo.

—No acepto más interrupciones entre nosotros —dijo tomándola de la mano.

Se dirigieron a la entrada de su apartamento donde los besos no cesaban de ninguna manera, era imposible despegarse, detenerse o dejar algo para después. Era esa noche la clave del todo el futuro que se tenía con certidumbre. Amar era algo espontáneo, es que ya se amaban de antes, solo retomaron las riendas para elevarlo al próximo nivel.

Fue impresionante como la piel tomaba memoria del estilo de amar.

—No me imagino sin ti Dayana.

—Ni yo sin ti.

—Cásate conmigo —dijo él extasiado en ella.

—¿Hay dónde casarse ahora mismo? ¿Algo así como una ventanilla expreso? —dijo Dayana con plena emoción de estar en los brazos del hombre correcto.

FIN